

Alissa Brontë - García de Saura

*Soñando
a lo grande,
pensando
a “lo chico”*



zafiro♥

ÍNDICE

[PORTADA](#)

[DEDICATORIA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CAPÍTULO 1. Marga](#)

[CAPÍTULO 2. Chema](#)

[CAPÍTULO 3. Marga](#)

[CAPÍTULO 4. Chema \(alias Iron Man\)](#)

CAPÍTULO 5. Marga (alias Doña Flor)

CAPÍTULO 6. Chema (alias Iron Man)

CAPÍTULO 7. Marga (en secreto, alias

MISteriosa)

CAPÍTULO 8. Chema (alias Iron Man y,

de momento, también alias Sapo

Verrugoso)

CAPÍTULO

9.

Marga

(alias

MISteriosa, y de momento también

alias Doña Flor)

CAPÍTULO 10. Chema (alias Iron Man

de nuevo)

CAPÍTULO 11. Marga (todavía alias

Doña Flor y, en secreto, MISteriosa)

CAPÍTULO 12. Chema (alias Iron Man,

porque lo digo yo)

CAPÍTULO

13.

MARGA

(alias

MISteriosa, antes Doña Flor)

CAPÍTULO 14. Marga y Chema (con

[alias, sin ellos y cara a cara\)](#)

[CAPÍTULO 15. Marga y Chema \(sin](#)

[alias, ¿o sí?\)](#)

[BIOGRAFÍA DE LAS AUTORAS](#)

[NOTA](#)

[CRÉDITOS](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)

Gracias por adquirir

este eBook

Visita [Planetadelibros.com](#) nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos](#)

[exclusivos!](#)

Primeros capítulos

PlanetadeLibros



Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A todas las soñadoras que esperan a su príncipe azul, aunque éste venga enfundado en cuero y sobre una moto.

Y a todos los caballeros sin título nobiliario, que en el fondo buscan a su princesa

A nuestra editora Esther Escoriza por darnos esta maravillosa oportunidad de trabajar juntas, donde nos hemos divertido y pasado en grande. A nuestras lectoras, las Devoradas y las chicas y chicos

D.I.S.N.E.I.

por

vuestro

incondicional apoyo y por seguir a nuestro lado cada día. ¡Sois la caña! Y a todo el que, en definitiva, nos ha apoyado y animado a seguir adelante.

CAPÍTULO 1

Marga

¡¡El avión por fin ha aterrizado!! Pongo un pie en el *finger* y respiro el

maravilloso y contaminado aire de

Madrid. ¡¡Sí!! ¡Ya estoy en la capital!

¡El principio del fin de mi soltería!

Ahora voy a tener la ocasión de

conseguir lo que he anhelado durante

tantos

añosssssss...

¿Qué

es,

os

preguntaréis? Pues encontrar a ese

príncipe azul que llevo treinta y dos

años esperando en mi pequeña isla... No

dejo de preguntarme, mientras camino

con un poco de temblor en las piernas,

cuántas oportunidades me aguardan en la

gran ciudad. Sé que no debo hacerlo,

que el amor tiene que ser algo

inesperado y fantástico, algo que no se

planea

para

que

resulte

superromántico... pero no puedo evitar

mirar en todas direcciones buscando a

mi hombre ideal, porque si hay algo que tengo claro es que no me voy a conformar con menos. Quiero un príncipe azul; bueno, lo del título nobiliario es negociable, puede ser duque, conde, estrella de cine... ¡Sí! Un galán de cine que se enamora de la mujer sencilla pero encantadora que llega a la gran metrópoli, como en las historias de mis libros...

Miro entre la multitud a la vez que leo con atención todas las indicaciones del

aeropuerto;

la

T4

es

monstruosamente grande, nada que ver con el aeropuerto de Fuerteventura. Al menos, el vuelo ha sido directo y he tardado poco más de dos horas en llegar. Por fin, entre la abrumadora muchedumbre, vislumbro la melena oscura y los ojos grises de mi amiga. —¡¡Grisel!! —grito emocionada por

verla de nuevo; la última vez fue hace...

¿dos años?

—¡¡Marga!! —grita a su vez.

Camino todo lo deprisa que puedo con mis zapatos de tacón, que sólo uso en las ocasiones especiales; llevo una falda de pliegues, verde oscura y con pequeñas margaritas amarillas y blancas estampadas. Me encanta esta prenda porque, al andar, produce frufnú, como en las novelas de la época de la Regencia que tanto me gusta leer.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta apretándome fuerte entre sus delgados brazos.

—¡Bien! Bueno... bien.

—¿Nerviosa?

—¡Sí, claro!

—Vamos a salir fuera, aquí hay mucho ruido.

Asiento con la cabeza y, de la mano de mi amiga, echo a andar con un montón de sentimientos diferentes auestas, mientras percibo cómo me recorre por el cuerpo una especie de

descarga eléctrica, de esas que se te
cuelan por los dedos y, hasta que no
imprime su marca por todo tu ser, no te
abandona.

No dejo de pensar en todo lo que me
espera y no puedo parar de sonreír.

Grisel detiene su paso en una zona
menos ruidosa, una cafetería en la que
nos sentamos y pedimos un café.

Necesito ponerme al día, y ella,
imagino, también.

—¿Qué tal todo por la isla?

—Si quieres saber algo de alguien
en concreto, dímelo.

—No quiero saber nada de nadie en
concreto... —disimula.

—Grisel... no mientas; siempre que
lo haces, te rascas la nariz de una forma
muy descarada. Somos amigas desde...

—¿Siempre? —Sonríe.

—Exacto, y te conozco mejor que
nadie. —Sé que pretende saber qué tal
está su ex, pero quiero que sea ella
quien lo pregunte.

—Está bien. ¿Qué tal está Airam?

—Bueno, está... —contesto.

—¿Está...?

—Sí, supongo que ha pasado página.

—¿Está saliendo con alguien?

—Sí, así es, pero no he logrado

averiguar de quién se trata...

—Seguro que es la zorra de

Yolaida...

—También lo he pensado. ¿Y tú?

¿Has pasado página aquí en Madrid?

—De momento me centro en

trabajar, que ya es mucho, y, bueno, si

algún dulce aparece, le hincó el diente.

¿Y qué me dices de ti? Cuéntame,

¿sigues...?

—Sí, sigo. ¡¡Siempre estás con lo

mismo!!

—¡Es que me preocupa en qué

estado lo tienes! Seguro que, si

llamamos a un experto en antigüedades,

lo declara patrimonio de la humanidad.

—¡¡Grisel!!

—¡Es verdad! ¿A cuántas mujeres

conoces de tu edad que no hayan

probado varón? ¡¿Que lo único que se

haya colado entre sus piernas sea el
agua del mar?! Ni un triste consolador
ha paseado por ahí... Desde luego, debes
tener una telaraña que ni Spiderman...

—¡Grisel...!

—No te preocupes, mi Margarita,
que para eso estás aquí; vamos a lograr
que encuentres a ese hombre que te
vuelva loca.

—¡A mi príncipe! —suspiro.

—Eso es más difícil, pero, bueno,
trataremos de dar con ese que te
provoque tal calentura que te salgan
ampollas en la boca sólo de pensar en
él.

—Grisel, ahora en serio, ya sabes
que quiero enamorarme antes de
entregar mi preciada virginidad a
alguien.

—Pareces sacada de una peli
antigua.

—¿De esas románticas?

—Más bien de terror. Pero en
Madrid nada es imposible; seguro que
hay por ahí algún hombre que esté hecho

especialmente para ti.

—¡Eso espero!

—Vamos a casa. Mañana hay que
madrugar, empiezas en tu nuevo trabajo.

¿Nerviosa, Marga?

—Sí, sí que lo estoy, pero la ilusión
es mayor. —Sonrío.

Llegamos al pequeño apartamento;
no es gran cosa, pero resulta muy
acogedor. Tiene dos habitaciones y un
único baño; ya temo la de veces que me
va a tocar hacer cola para entrar: Grisel
jamás de los jamases sale a ninguna
hora, ni por ningún motivo, sin estar
perfectamente arreglada. Cenamos un
bocadillo y nos vamos enseguida a la
cama; estoy agotada, pero no por el
viaje, sino por la cantidad de emociones
que se empeñan en quedarse dentro de
mi estómago y pasearse por mi cabeza.
Sin poder conciliar el sueño, saco mi
libro electrónico y continúo con la
historia que estoy leyendo hasta que,
finalmente, me quedo dormida.
Cuando me levanto, me sorprende

ver que el baño está libre, y Grisel

preparando café.

—Venga, dormilona: arréglate, que

nos vamos al trabajo —apremia.

—¿De verdad crees que voy a

hacerlo bien?

—¡Claro que sí! Eres la persona

más...

—Más, ¿qué?

—Optimista, lo que te vendrá

estupendamente a la hora de intentar

vender el producto.

—De acuerdo, vamos a ello —digo

y entro en el baño para ducharme.

Mientras el agua cae por mi suave

piel, pienso en el trabajo. Grisel me ha

conseguido un puesto de teleoperadora

en una empresa de servicios móviles;

debo atraer a clientes de otras

compañías, para que se cambien a la que

me ha contratado. No estoy segura de

poder hacerlo bien, pero, bueno, se trata

de vender por teléfono sin estar frente a

alguien, por lo que debe de ser bastante

fácil.

Después de vestirme y de tomar el
café, Grisel me deja frente al edificio de
mi nueva oficina y se marcha a trabajar.

En la puerta, sola y sin conocer a
nadie ni nada, una sensación de vacío
me invade, como si quisiera tragarme
entera, así que agarro mi falda rosa con
tul en el dobladillo y muevo las piernas
para escuchar el suave frufú que
siempre me calma.

«¡Vamos, tú puedes!», me digo para
darme
unos
ánimos
que
han
desaparecido misteriosamente.

Después
de
cinco
minutos
concienciándome de que todo irá bien,
entro en la oficina y una chica de pelo
corto, oscuro, y gafas redondeadas me
recibe con una gran sonrisa.

—Hola, soy Sofía. ¿Eres Margarita?

—Sí, pero prefiero que me llames

Marga, por favor —aclaro.

—Está bien, Marga; ven, te mostraré
tu sitio.

Asiento sin decir nada más y

observo con detenimiento la oficina:

está separada en pequeñas cabinas

cuadriculadas, hechas de un material que

no reconozco, parecido al plástico, y

dentro de cada una de ellas hay una

mesa, un ordenador, un teléfono y unos

auriculares. Todos los habitáculos son

iguales, a diferencia de un número

naranja que hay pegado en la pared de

enfrente de cada uno de ellos.

—Bien, Marga, ése es tu número;

cada vez que lo oigas, significa que te

llaman.

—¿No me van a llamar por mi

nombre?

—No; una vez que entres aquí, no

serás Marga, serás Trece.

—Pero... ¿no puedo cambiar, al

menos, de número?

—¿Por qué?

—Es que el trece da mala suerte...

—confieso,

pero

enseguida

me

arrepiento. La mirada de Sofía es de

esas de «¿de verdad me estás diciendo

esto en tu primer día?»—. Está genial —

continúo—. Me gusta el trece. Yo seré

la que lo transforme en el número de la

buena suerte.

—Perfecto. Éste es tu listado; debes

llamar a los cincuenta clientes que

aparecen, dentro de tu horario laboral.

Aparte del sueldo base, ya te informo de

que es un asco, se te dará una pequeña

comisión por cada cliente captado, así

que... ¡ánimo y al toro!

—Vale —digo mientras la veo

alejarse.

Miro a mi alrededor y me sorprende

comprobar

que

ni

uno

de

mis

compañeros ha levantado la cabeza para

ver a la nueva. Debe de ser que cambian

mucho de personal. Me siento en la

silla, superincómoda, y me pongo los

cascos; después, marco el primer

número de la lista.

Espero a que alguien coja la llamada

y, tras cuatro pitidos, la voz de una

mujer, soñolienta, me contesta.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿Me permite su

nombre, por favor?

—¿Quién es?

—Soy Marga; la llamo para

ofrecerle un cambio de compañía

telefónica. ¿Está contenta con su actual

proveedor?

—A ver, cielo: son las nueve de la

mañana, he tenido un turno de noche de

mierda en el hospital y... ¿me llamas a

estas horas para decirme que cambie de

compañía de teléfono?

—Lo siento, yo no... —No sé qué

añadir, ¿qué se dice en estas ocasiones?

—Sois unos pesados con las

insistentes llamadas. Ya os he dicho

muchas veces que no me interesa y que

me he adscrito a la lista Robinson, así

que dile al gilipollas de tu jefe que se

asegure antes de llamar la próxima vez.

—Va... le —balbuceo.

Cuelga el teléfono y me quedo triste.

Noto cómo las lágrimas se acumulan en

mis ojos, pero no quiero llorar, no me

apetece que el maquillaje se corra por

mi cara y me deje los ojos de mapache.

Aprieto las manos con fuerza y sacudo

la cabeza, a la vez que respiro

profundamente

para

calmarme

y

tragarme las lágrimas.

No pasa nada, sólo ha sido la

primera. El número que le sigue me

gusta, acaba en veintidós; me entusiasma

el veintidós... los dos patitos, una pareja

de dosis, dos corazones entrelazados...

sí, definitivamente me gusta y, desde luego, he de entrarle al cliente de otra manera. Cierro los ojos y visualizo la conversación; sí, así mejor, ya me queda más claro lo que tengo que decir. ¡Allá voy! Marco los números y espero a que me contesten.

—¿Diga?

Cuando oigo la voz, me quedo clavada en el sitio; es suave, profunda y varonil, tanto que se cuela por mis oídos y hace que el vello de mi nuca se erice... Resulta sensual, es la voz que tienen los protagonistas de mis novelas en mi cabeza... ¡¡Sí!! ¡Es él! ¿Será la voz de un príncipe? ¿De un duque? ¿Un conde? ¿Quizá de un cantante? ¡Seguro que es un cantante superfamoso! Una sonrisa enorme se extiende por mi cara y noto cómo los pétalos de mi flor se humedecen al pensar en la posibilidad de haber encontrado,

de
forma
inesperada y superromántica, al hombre
de mi vida.

CAPÍTULO 2

Chema

Un día de estos tiro el despertador por la puta ventana. Son las cinco y media de la mañana y apenas he sobado cuatro horas. Pero mereció la pena: la tía que me tiré anoche era un auténtico bombón, con las medidas perfectas, morenaza, con un culo duro y redondito y unas tetas prietas y... Joder, voy a darme una ducha fría o cabrearé al tonto de Fernando, mi mejor amigo y mayor tocapelotas que conozco.

—Hola, tío —me saludo a mí mismo al verme desnudo reflejado en el espejo que tengo en mi vestidor, justo al lado del baño.

No puedo evitar hacer mi ritual: de frente, de lado, apretando pectorales y sacando bíceps. ¡Hala, ya puedo ducharme tranquilo!

Mientras lo hago, pienso en las cosas que tengo pendientes: recortarme la barba, comprar cerveza y... joder, ya no recuerdo más. ¡Bah, qué más da! Si es importante, ya me vendrá a la cabeza.

Termino en el baño, me pongo la ropa de faena, cojo las llaves de la moto, las de casa, la cartera y, por supuesto, mi nuevo *smartphone*, un Samsung Galaxy S7 que me compré la semana pasada. Vivo de alquiler en un pequeño apartamento reformado; no soy tío de grandes lujos, pero mis caprichos no me los quita nadie: un buen sofá, un televisor de 46 pulgadas, la última consola que ha salido al mercado y un buen teléfono, libre y sin ataduras, como yo mismo.

Una vez que compruebo que lo llevo todo, pillo el casco que tengo en la entrada, salgo de casa y bajo en el ascensor hasta el garaje para recoger mi moto.

—¡Buenos días, guapa! —digo al verla en la plaza trece, mi número

favorito.

Adoro las motos, pero lo mío con esta belleza de Naked Honda CB 900 F Hornet de cuatro cilindros y 919 centímetros cúbicos, de color negro, fue amor a primera vista. Nunca se la he dejado a nadie, ni pienso hacerlo; las motos son como las novias: ni se prestan ni las montan otros.

Aún no ha salido el sol cuando llego al bar donde cada mañana desayuno con Fernando, alias Capitán América.

—¡Menuda cara traes! —suelta nada más verme.

—¿Qué más te da a ti la cara que tenga? —pregunto sentándome a su lado en la barra.

—¿Qué? ¿Anoche hubo tema?

—No veas cómo estaba la tía.

—¡Qué suerte tienes, cabronazo! Lo que daría yo por volver a estar soltero.

—¿Y qué te lo impide? —digo con la boca llena, degustando el bocadillo que suelo comer aquí.

—Yo qué sé, tío. Supongo que me he

acostumbrado a vivir en compañía.

—Cómprate un perro.

—Macho, tu romanticismo brilla por su ausencia.

—¿Quién necesita romanticismos hoy en día? A mí no me hacen falta esas chorradas.

—No te ha llegado la tía que te ponga las pilas, eso es todo.

—Funciono con batería, ¿recuerdas?

—Tío, eres incorregible —comenta sacudiendo levemente la cabeza.

—Tú sí que lo eres. Por un lado, te doy envidia, y por otro, me echas la bronca. ¡A ver si te aclaras!

—Porque lo ideal serían las dos cosas.

Imagínate

una

mujer

de

calendario de lunes a viernes y, los fines

de semana, libre como los pájaros.

—¿Está al tanto tu mujer de tu maravilloso plan? —me mofo.

—¡Eres un cabrón!

—Dime algo que no sepa.

—Pues, mira, sí que tengo algo que decirte. La mudanza que teníamos prevista para hoy se ha cancelado y en su lugar tenemos que ir a La Moraleja, a un chalet de mil cien metros cuadrados.

—¡Estás de coña! —exclamo tras casi atragantarme con el café con leche.

—Me temo que no. Estaba prevista para dentro de quince días, pero la mujer ha vendido la casa antes de lo que esperaba y tiene que mudarse lo antes posible.

—¡Joder, tío! Eso se avisa.

—Ya lo estoy haciendo, ja, ja, ja.

Fue un cambio de última hora. Además, sabía que ibas a salir y pasé de estropearte la noche —confiesa sacando su cartera, para luego pagar la cuenta.

—Pero me hubiese acostado antes.

—¿Quieres decir que, en lugar de ligártela a las doce, lo hubieras hecho a las nueve?

—¡Vete a la mierda! —suelto

dándole un golpe en el hombro, antes de despedirnos del dueño del bar y poner rumbo al almacén.

Llevo

años

trabajando

para

Fernando, desde que fundó su empresa de mudanzas. La idea le surgió una tarde que estábamos en el gimnasio. Llevaba meses en el paro y pensó en cómo hacer deporte y ganar dinero al mismo tiempo.

En aquel momento me eché a reír por la ocurrencia, pero, al cabo de un par de meses, se presentó en mi casa

comunicándome que le habían prestado el dinero para la financiación y

ofreciéndome un puesto de trabajo muy bien remunerado. Fernando es muy

perfeccionista, una virtud que a veces se transforma en defecto, pero que le llevó

a convertir lo que parecía ser una estúpida idea en una reconocida

empresa de mudanzas de Madrid. Hoy

por hoy, tiene más de veinte empleados,

una buena flota de vehículos y grúas, y
una
abultada
cartera
de
clientes
exclusivos de la capital.

Debido a nuestra amistad, que viene
de largo, soy su segundo de a bordo. En
más de una ocasión me ha ofrecido
entrar a formar parte del negocio como
socio, pero siempre he rechazado su
propuesta, pues ser autónomo conlleva
llevarte trabajo a casa y yo soy
partidario de llevarme otro tipo de...
trabajos.

Al llegar al chalet, me llama la
atención que, en la puerta, nos
congregamos casi toda la empresa,
incluidos los tres camiones grandes y
una grúa.

—¿Y este despliegue? —pregunto a
Fernando sin que los demás compañeros
puedan oírnos.

—La dueña es una señora mayor, así

que adivina.

—¿La quiere en un día?

—Sí.

—¿Completa?

—Sí.

—¡Joder!

—Pues espera a saber lo mejor.

—Me estás empezando a tocar los huevos.

—Eso se lo dejo a tus amiguitas.

—¿Me lo vas a decir ya o tengo que sacártelo a golpes?

—Guarda las fuerzas, Iron Man. La señora se muda a un piso pequeño del centro, el resto va a la nave de los trasteros.

—¡Cojonudo!

—Venga, no te quejes, que al finalizar el día tendrás una recompensa.

—Sí, un cansancio de narices y dolor en todo el cuerpo.

—Y unos buenos músculos —se mofa antes de comenzar a dar las órdenes a todo el equipo.

Nada más entrar en la casa, me

sorprendo al ver todo lo que hay en su interior. ¡Esto, más que una casa, parece el Museo del Prado! Hay muebles antiguos por todas partes, de varios tipos de maderas, épocas y tamaños. Las paredes están repletas de enormes cuadros con marcos excesivamente recargados y lacados en color dorado, por no hablar de las esculturas y las decenas de jarrones llenos de flores que hay en cada rincón. Y, por si no fuese suficiente,

los armarios de los dormitorios y el vestidor principal están llenos de ropa y enseres personales.

—¡Joder! —no puedo evitar soltar al entrar en la enorme cocina y comprobar que es la guinda del pastel.

Vale, la tía que me ligué anoche estaba buena y el polvo que echamos no estuvo mal, pero hubiera preferido acostarme temprano de haber sabido lo

que me esperaba. «¡Ésta me la vas a pagar, Fernandito!»

Los compañeros nos dividimos y dispersamos por toda la «mansión de los horrores»; yo estoy embalando figuritas de cristal delicado en el salón principal, cuando me suena el puto teléfono.

¡Mierda, es la tía que me tiré anoche!

¿Qué quiere ésta ahora? Tengo que dejar de dar mi número de móvil a diestro y siniestro.

—¡Hola, guapa! —disimulo que me alegra oírla. Acostumbro a llamarlas a todas así por dos razones: una, porque todas las chicas a las que me tiro lo son, y dos, porque no me suelo acordar de su nombre al día siguiente.

—¡Hola, Chema! ¿Qué tal has dormido? —¿Por qué todas las tías quieren saber cómo he dormido? Boca abajo, joder, como siempre.

—Bien, guapa. ¿Y tú? —Hago ver que me importa; eso les gusta a las tías.

—Estupendamente, pensando en ti.

—¡Ya estamos!

—Vaya, sí que has estado ocupada.

—Y tú, ¿has pensado en mí?

—Nada más levantarme —miento,
recordando mi momento ego frente al
espejo.

—Ji, ji, ji. —Su risa cursi me pone
de los nervios.

—Bueno, guapa, tengo que dejarte,
estoy en mitad del trabajo.

—Perdona, no quería interrumpirte.
Hablamos luego, ¿vale?

—Hoy lo voy a tener complicado.
Tengo mucho curro.

—¿Y mañana? —Qué prisas tienen
todas.

—Mira, guapa. Mejor te llamo yo,
¿te parece? Debo dejar resuelto el
trabajo.

—Te estaré esperando, campeón.
Que pases un buen día.

—Tú también. Adiós, guapa.

—Adiós.

—¿Qué les das, tío? —pregunta
Fernando, burlándose de mí.

—¡A ti te lo voy a contar! —digo

alzando las cejas y en tono vacilón,

provocando las risas de ambos.

—Pues no me vendría mal, la

verdad, que mi parienta siempre está

con dolor de cabeza.

—¡No jodas!

—Exacto, no jodo todo lo que

quisiera.

—Para que luego me hables de

romanticismo y chorradas de ésas.

—Ya sabes que, en el fondo,

siempre he sido un romántico.

—Ése es tu problema.

—Lo sé.

No pasan ni cinco minutos, cuando

de nuevo vuelve a sonar mi teléfono.

—¡Coño, Chema! ¡A ver si nos

centramos! —me reprocha mi amigo.

—¡Pero si son ellas! —me defiendo.

Miro la pantalla y no reconozco el

número—. No sé quién es. —Tras

aceptar la llamada, me coloco el móvil

en la oreja y respondo—: ¿Diga?

—Trae aquí ese teléfono —me

apremia Fernando quitándomelo de las

manos para coger él la llamada—. Has llamado al teléfono de Iron Man, en este momento no puede atenderte; deja tu mensaje después de la señal... piiiiiiiiiiii —intenta imitar el pitido de un contestador antes de colgar y devolvérmelo.

—Ja, ja, ja. Como me hayas jodido un plan para mañana, te la cargas.

—Hablando de cargar, déjate de tanta tía y vamos a ir cargando esto al camión, que aún nos queda un largo día por delante.

—¡A sus órdenes, Capitán! — respondo entre risas, pero con la pequeña duda de saber quién sería la persona que me acababa de llamar.

CAPÍTULO 3

Marga

— ¿*Iron Man*? —repito, incrédula—.

¿Iron Man?

No, no puede ser, no he podido

llamar a Iron Man, es un superhéroe...

quizá, ¿habré llamado al teléfono del

actor que lo interpreta? Podría ser...

tenía voz de actor de doblaje y he oído

dos voces... ¡La segunda debía de ser la

de su representante!

«A ver, Marga, espera. Tiene que

ser una broma; sí, me han tomado el

pelo, o tal vez... ¡No, es que no puede

ser! No cabe la más remota posibilidad,

¿verdad?»

Cabeceo y miro el siguiente número

de la lista; marco y espero a que alguien

conteste al otro lado. De nuevo, la

persona que me atiende es grosera y me

manda a freír espárragos. Esto no va a

ser tan sencillo como supuse o es que he

elegido un mal día para empezar... Sí, lo

más probable es que sea sólo eso,

seguro que las siguientes llamadas serán

mejores. A alguien le tiene que interesar

lo que tengo que decir, ¿no es así?

Después de decenas de llamadas

más, un timbre estridente nos avisa de

que ha llegado el descanso para comer.

Salgo y en la puerta veo a Grisel,
esperándome.

—¡Qué sorpresa! —digo aliviada.

Al fin alguien que quiere escuchar lo
que tengo que decir.

—He

pensado

que

podemos

almorzar juntas y así me cuentas qué tal

tu primer día de trabajo.

—Te lo agradezco y... ¡no sabes

cuánto!

—Estupendo. Hay un pequeño

restaurante por aquí; tiene una comida

deliciosa y a muy buen precio.

—Te sigo. —Sonrío a mi amiga.

Al llegar, nos sentamos a una mesa

para dos. Los manteles de papel blanco

se mecen al compás de la brisa que

pasa, sin invitación, a través de las

ventanas abiertas. Un camarero, joven y

guapo, nos atiende.

—Es atractivo, ¿verdad?

—¡Vamos, Grisel! ¿No me digas que me has traído aquí por el camarero?

—Ya te avisé, nada más llegar, de que voy a conseguir que pruebes varón.

—¡Deja de decir eso del varón!

¡Pareces mi tatarabuela!

—Vale; si lo prefieres, te lo digo con otras palabras: voy a conseguir un superhéroe que sea capaz de atravesar la capa de acero que taponas tu vagina.

—Eres incorregible. —Sonrío—.

Hablando de superhéroes... —comento como si nada—... me ha pasado algo extraño en el trabajo.

—¿Sí? ¿Te ha salvado algún compañero macizo y sexy?

—No, nadie me ha tenido que salvar, al menos de momento. Pero la segunda llamada del día ha sido rara, singular.

—¿Y eso?

El camarero aparece, con una cerveza para Grisel y un refresco de naranja para mí, y paro de hablar; no quiero que nadie escuche lo que tengo

que decir; cuando se va, continúo:

—Pues primero me ha contestado una voz sugerente y muy masculina.

—Uy, eso pinta bien. —Sonríe pellizcando el pan de la cesta.

—Pero, después, ha saltado el contestador, con la voz de otra persona, diciendo que estaba llamando a Iron Man, y que dejase un mensaje después de la señal...

—¡Qué tío más gilipollas!

—Entonces, ¿crees que era una coña? Para... ya sabes, no hablar conmigo.

—Marga, no habrás pensado que era Iron Man de verdad, ¿no? ¿Sabes que es un personaje de ficción?

—¡Ya lo sé! ¡No soy tan tonta! Pero podría ser el actor que lo interpreta.

—A ver, alma de cántaro, el actor que lo interpreta es Robert Downey Jr., y es norteamericano.

—Ay, Grisel, en serio, ya lo sé; me refiero al actor que lo dobla; tenía voz para ello, desde luego...

—Mírame, Marga —exige—. No, es un tío gilipollas que se ha burlado de ti.

—¡Pero si no me ha dado tiempo a decir nada! ¿Por qué iba a soltar esa mentira?

—Debes dejar

todo

eso

del

romance, te va a perjudicar. No hay príncipes azules; ranas, muchas, pero príncipes, no. Así que pon los pies en la tierra y hazte un perfil en una página de contactos. Sal y conoce a un chico divertido que te trate bien, y adelante.

—Eso es a todo lo que puedo aspirar, ¿no?

—No he dicho eso.

—No con esas palabras —murmuro triste.

El camarero reaparece con las ensaladas que hemos ordenado de primero y pincho una hoja de lechuga, mientras, en mi mente, me replanteo las

palabras de Grisel; al fin y al cabo, es mi mejor amiga y me quiere. Quizá tenga razón y deba concentrarme en el trabajo y en conocer a algún chico que me trate bien. Tampoco es que pueda ofrecer mucho... quitando mi larga y lisa melena dorada, soy normalita, muy del montón. Algunos dirían, incluso, que del montón de feas. Nada que ver con Grisel, con su cabello oscuro, sus ojos grises como el cielo cuando anuncia tormenta, sus curvas perfectas... Yo no tengo nada de eso, sólo muchos sueños, tal vez demasiados, y quizá ya sea hora de ir soltando lastre.

—¿Qué piensas?

—Que tal vez tengas razón... ¿Cómo se hace un perfil para un sitio de éstos?

—Lo primero que hay que hacer es elegir en cuál quieres que probemos.

—¿Hay más de uno?

—Sí, mira. —Me enseña, desde su móvil, un montón de nombres diferentes para una misma causa.

—¡Ése me gusta! —grito más alto de

la cuenta.

—No sé por qué no me sorprende...

—dice—:

adopta_un_príncipe.com.

¿Segura?

—Sí, debo hacerte caso y avanzar.

—Me parece bien, con tal de que

tengas alguna cita.

Así, entre lechuga y tomate, Grisel

me ayuda a crear un perfil para la

aplicación que va a ayudarme en la

búsqueda de mi príncipe azul.

—Necesitas una foto.

—¿Una foto?

—Sí, para el perfil. ¿Cuál ponemos?

—A ver, déjame pensar... ¡Ah, ya lo

tengo! Y será perfecta. —Sonrío.

—¿¿Ésa?? —exclama al ver la

imagen que he elegido.

—Es la más apropiada; si quiero

encontrar a un chico de mi estilo, tiene

que ver que soy toda una princesa.

Grisel mira la foto, luego a mí, y con

la mirada me pregunta si estoy segura.

Yo la vuelvo a mirar y asiento, ¡me

encanta! Es una foto de los carnavales
en los que me disfracé de princesa
enmascarada. Llevo un vestido malva y
rosa y el pelo largo recogido en una
gruesa trenza, la cara cubierta por un
antifaz de tonos rosados y plumas
moradas.

Si realmente en esa página hay algún
príncipe, no va a poder resistirse a una
princesa; si no de verdad, al menos, sí
de corazón.

—Está bien, me vale cualquier cosa

—acepta frustrada.

Una vez hecho el perfil, seguimos
comiendo y, dos horas después, estoy de
regreso en mi oficina dentro de ese cubo
de plástico estrecho y triste, en el que la
única nota de color lo pone el trece, en
naranja, que se ha convertido en mi
nombre cada vez que estoy dentro.

Cojo la lista y, de nuevo, llamo al
número de Iron Man; otra vez sin
respuesta, pero no me desanimo porque
queda mucho tiempo hasta el fin de mi
turno y pienso seguir insistiendo hasta

que pueda hablar con él. No sé si me
intriga más que de verdad pueda ser Iron
Man o el hecho de escuchar esa voz que
ha conseguido erizar el vello de mi
nuca.

Después de varios tonos, por fin al
otro lado, de nuevo, esa seductora voz.

Ahora me parece todavía más varonil.

—¿Diga?

—Buenas tardes —saludo con la
garganta seca—, ¿puedo saber con quién
hablo?

—¿Puedo saberlo yo?

—Eh... —Esto no me lo esperaba—.

Sí, claro, mi nombre es Margarita, ¿y el
suyo? —Que diga Iron Man, que diga
Iron Man...

—¿Margarita?

—¡Joder, tío, hasta las flores te
llaman! —Oigo una voz masculina de
fondo.

—¡Calla, cabrón! —regaña, para
después
reanudar

la

conversación

conmigo—: No conozco a ninguna

Margarita, creo que te has confundido.

—Es un placer saludarlo. Le llamo

de la compañía telefónica Lowcost y

quería ofrecerle, para ver si puede estar

interesado, un plan que le permitirá

ahorrarse hasta quinientos euros anuales

en su factura telefónica. ¿Cree que puede

estar interesado? —Que lo esté, por

favor, que lo esté...

—Ah, eso. Lo siento, ahora no

puedo atenderte.

—Espere, no cuelgue, por favor.

Además del ahorro, le ofrecemos un

nuevo terminal completamente gratis.

—Terminal voy a acabar yo hoy con

el turno que estoy echando. Señorita...

Clavel... digo, Margarita, lo siento, pero

no me interesa.

«¿Clavel? ¡Qué gilipollas! ¿Que no

le interesa? ¿A quién no le interesa un

móvil último modelo gratis?»

—Por favor, no cuelgue, al menos

escúcheme. —Y déjame escuchar esa

voz un rato más...—. Hoy no he conseguido que nadie me atienda; me han gritado, colgado y llamado pesada, y eso que ni siquiera me conocen... Es mi primer día de trabajo; si no consigo algún cliente, me van a despedir; al menos, espere a que le explique lo que tengo que ofrecerle —ruego desesperada por hacer, aunque sea, un cliente.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa: tienes cinco minutos. Prometo escucharte y no gritarte, pero lo del terminal, ya lo veremos. Igual, si me tientes...

«Genial, tengo cinco minutos.

Vamos, Marga, tú puedes conquistarlo, no hay nadie mejor que tú...», me doy ánimos antes de empezar.

—Gracias por concederme esos cinco preciados minutos, prometo que los voy a aprovechar.

—A ver, si voy a concederte cinco minutos, al menos, tutéame.

—Cuando me diga su nombre, aún lo desconozco.

—Chema, me llamo Chema.

—De acuerdo, Chema, te tuteo, ¿así?

—pregunto ruborizada; de momento, todo ha tomado un cariz tan íntimo...

¡Ainssss, qué voz tiene! ¿Será igual de atractiva su cara? «¡No empieces Margarita!» Puedo sentirlo, me salen corazoncillos rosas por los ojos y las orejas...

—Así mejor.

—Pues verás: con nuestra compañía, podrás ahorrarte hasta quinientos euros al año, dependiendo del plan que elijas, con respecto a tu compañía actual. Y, además, si lo contratas en los próximos siete días, como

obsequio

te

regalaremos el nuevo Huawei P9: un

móvil recién salido al mercado, de

última generación, que te daremos

¡totalmente

gratis!

al

hacer

la

portabilidad a nuestra empresa. —

Sonrío satisfecha; he hecho una buena

exposición de las ventajas de cambiarse.

—Lo del ahorro podría interesarme,

pero lo del terminal... Por cierto, ¿dónde

está la trampa?

—¡Eso es lo mejor, Chema! —

Sonrío de oreja a oreja—. ¡No hay! ¡Te

lo regalamos totalmente gratis sólo por

cambiar de compañía y confiar en

nosotros! ¿A que es estupendo?

—Verás, preciosa, es que yo ya

tengo móvil.

—Pues para tu mujer, será un regalo

ideal. —Que no tenga, que no tenga...

—Yo no uso de esas cosas.

—Pues para tu novia. —Que

tampoco tenga, que tampoco tenga...

Cruce de dedos estilo «Sailor Moon».

—Tampoco.

—Pues para alguna amiga especial.

—Seguimos eliminando. Vamos, que

tampoco tenga...

—A ver, Margarita, si lo que

quieres saber es si estoy soltero, sí, lo

estoy. ¿Amigas? Muchas. ¿Que se

merezcan que me cambie de compañía?

Ninguna. ¿Eso es todo lo que puedes

ofrecerme?

—Por teléfono, sí. —¿Pero qué

estoy haciendo? ¿A qué viene eso?

—Vaya, qué pena, igual si me

ofrecieras más cosas...

—¿Y tú qué ofrecerías a cambio? —

replico, molesta; me acabo de dar cuenta

de que a lo mejor este borde se está

riendo de mí un poquito—. Porque, de

momento, la única que ha ofertado algo

soy yo.

—Has sido tú la que ha llamado, ¿o

lo has olvidado? Por cierto, tendrás que currártelo un poco más; tu tiempo se agota, tan sólo te queda un minuto.

—Está bien, está bien. —Necesito cerrar una venta al menos—. Si nos viésemos en persona, ¿me dejarías tratar de convencerte? —«Pero ¿qué haces, loca? ¡No lo conoces! ¡Podría ser un psicópata!» Al percatarme de lo que he propuesto,

me asusto; hasta las margaritas de mi falda se han quedado secas...

—Realmente te tienen que dar una buena comisión para que te plantees venir hasta donde estoy. —¡Será gilipollas!

—Pues verás, Chema, resulta que he cambiado de opinión —digo enfadada —: Por mucho que me ponga tu voz al teléfono, no creo que haya dinero en el mundo que compense la tortura de estar

en tu compañía, ni siquiera el último
puto minuto que me has concedido.

Gracias por su tiempo —suelto justo
antes de oír cómo protesta: «¡A las tías
no hay quien os entienda! ¿A qué viene
esto ahora?», y de colgarle la llamada.

No puedo creer el día que llevo...

Cierro el puesto de trabajo, me despido
desganada de los compañeros y salgo a
la calle a respirar un aire contaminado y
diferente al apático de la oficina. Estoy
deseando llegar a casa y contárselo todo
a Grisél. Al menos, se me pasará el
disgusto y me reiré un rato con mi
amiga.

CAPÍTULO 4

Chema (alias Iron Man)

—¿Hola? ¿Hola? ¡Me ha colgado! ¡Será
cabrita! —mascullo incrédulo, mirando
la pantalla de mi móvil.

—Chema, ¿quieres estar a lo que hay
que estar?

—¡Ya voy, *pesao!*, que aprietas más
que unos zapatos nuevos.

—¿Qué quería la florecilla?

—Tranquilo, no era ningún ligue, aunque, por su acento canario, no me hubiera importado que lo fuera —le explico descargando un par de cajas del camión—. Llamaba de una compañía de telefonía para que me cambiara de proveedor.

—¿Qué te ha ofrecido?

—Un Huawei P9.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no me interesa y que si no tenía nada más que ofrecerme.

—¿Qué más quieres?

—Tú ríete, pero casi consigo una cita; estaba dispuesta a venir a verme desde Canarias, ¿te lo puedes creer?

—¡No jodas!

—Sí, aunque he sido un poco duro con ella y me ha colgado.

—¡Qué cosas tiene la vida, una flor llamando a un capullo!

—¡Vete a la mierda! —suelto dándole un suave puñetazo en el brazo, pensando en la pobre chica que se ha quedado sin comisión y sin capullo.

Sobre las once de la noche

terminamos la descomunal mudanza,
algo que parecía increíble cuando entré
en aquella casa y vi todo lo que había en
su interior. Una vez más, Fernando ha
demostrado lo profesional que es y por
qué su empresa es una de las más serias
y valoradas. Y no sólo por su eficacia,
sino también por lo bien que trata a los
empleados, pues prima el buen rollo y el
compañerismo entre casi todos.

—¡Chicos,

hoy

habéis

estado

cojonudos! —nos felicita a los chicos y

a mí en la puerta de las oficinas de la

empresa, tras acabar el trabajo—.

¡Estáis invitados a una copa!

—Tengo más hambre que otra cosa,

pero nunca digo que no a una copa —

responde Hulk, uno de los obreros, al

que llamamos así por su gran tamaño y

corpulencia.

—Tú siempre tienes hambre —le

reprocha Flash, conocido por su rapidez a la hora de trabajar y de... otras cosas, según nos confesó en su día.

—Yo hoy no me apunto, lo siento.

Estoy muerto —anuncia Lobežno, mote que le puso el jefe por su media melena y sus características uñas negras. Es un buen tío, pero es el más espeso del grupo.

El resto de los compañeros, casados y cansados de la jornada que hemos tenido, rehúsan el ofrecimiento y se excusan antes de marcharse a sus respectivas casas.

—¿Qué me dices de ti, Iron Man? ¿O el señorito está demasiado agotado para un trago?

—Me subestimas, Capitán América

—mote del tocapelotas de mi jefe—.

Donde esté una copa, allí está el nene.

—Perfecto, pues pongámonos en

marcha, ¡que la noche es joven! —nos

indica a los tres con el brazo para que lo sigamos a su coche.

Los que aceptamos la copa y

accedemos a irnos somos los únicos solteros de todos los que formamos el séquito de empleados, además de Lobezo. En más de una ocasión hemos salido juntos de fiesta y, entre nosotros, hay mejor rollo que con el resto de los compañeros.

—Esta noche necesito ligar —nos comunica Hulk, una vez que estamos en el vehículo, camino del pub al que solemos ir.

—Tío, es jueves, acabamos de terminar de currar y vamos con la ropa del trabajo —comenta Flash—, no creo que hoy vayas a mojar el churro.

—Eso te lo dejo a ti, mamón —le responde—. A mí, con jugar, me sobra. Me apetece tontear con alguna.

—¡Di que sí, tío! —lo animo volviéndome hacia él desde el asiento del copiloto—. No le hagas caso a éste, que va de *sobrao*.

—Porque yo me lo curro —se justifica—. Reconoce, Hulk, que lo tuyo es cargar peso, porque lo de ligar...

—Aún sigo preguntándome qué

cojones ven las tías en ti —responde

éste—. Aunque tienes razón, no sé qué

me pasa, que me tiro para atrás en

cuanto tengo a una tía buena delante.

—Son tus músculos, que las asustan.

—¡Eres un gilipollas, Flash! —Cada

día lo tengo más atragantado—. No te

preocupes, Hulk, que si es preciso,

hacemos la treta militar.

—Gracias, tío.

—¡Venga ya! ¿Con esta ropa? —

insiste Flash. Estoy por bajar la

ventanilla y lanzarlo con el coche en

marcha.

—¿Qué

problema

tienes?

El

uniforme es negro, y el logo, pequeño;

podemos hacerlo pasar por la ropa de

maniobra.

—Tío, piensa en alguien que no seas

tú por una vez —interviene Fernando,

quien, hasta ahora, había permanecido

callado.

—Está bien, lo haré —claudica finalmente, presionado por todos.

La jugada ensayada la llevamos usando desde hace años, por su gran resultado. Hasta ahora, ninguna tía se nos ha resistido con este método y hoy no va a ser menos.

Cuando aparcamos el coche y nos encaminamos hacia el pub La Cogorza, ponemos en marcha el plan: Hulk se queda en las inmediaciones, y el resto entramos en busca de algún grupo de chicas que merezca la pena.

Pese a ser un día laborable, el pub está a rebosar de gente. Tras un primer vistazo, no logro ver ningún grupo que me interese más de lo normal, hasta que, de pronto, algo llama mi atención:

sentadas a la barra hay dos chicas, una morena y una rubia; están de espaldas a mí, hablando entre ellas, y son las únicas que no se han girado ni percatado de nuestra presencia. «Esto sí que es raro», pienso para mis adentros. Flash

es un poco ruidoso a la hora de pedir una primera ronda, pero, aun así, no consigue que ellas se giren para mirarnos. Están demasiado enfrascadas en su conversación; aunque estoy seguro de que, en cuanto Hulk haga su entrada triunfal, conseguiremos que nos hagan caso y se rindan a nuestros pies.

Dando un sorbo a nuestro primer cubata, el Capitán le manda un mensaje a nuestro musculoso compañero para darle la señal. Nosotros, dentro, simulamos estar a lo nuestro cuando Hulk entra por la puerta y se acerca. Tal y como lo tenemos ensayado, los tres lo miramos y nos cuadramos ante él, haciéndole el saludo militar con la mano y golpeando entre sí nuestros pesados zapatos de faena al juntar los pies.

—¡A sus órdenes, mi coronel! —
soltamos los tres a la vez. Hulk nos devuelve el saludo con la mano y nos dice:

—¡Descansen!

Obedecemos

su

orden

y

nos

ponemos a cuchichear entre nosotros,

haciendo ver que hablamos de algo

relacionado con el ejército... pero lo

cierto es que lo que realmente hacemos

es mirar de reojo a nuestro alrededor

para comprobar si el plan ha surtido

efecto. Aunque noto cómo somos

observados por todo el local, mi vista se

centra en las dos chicas de la barra,

quienes, por fin, se han percatado de

nuestra presencia. «Si es que no falla.»

No pasan ni cinco minutos cuando

una de ellas, la morena, con un cuerpazo

increíble y unos ojos grises que lo son

aún más, se acerca hasta nosotros.

—Hola, así que militares, ¿no? —

Otra vez ese acento canario. Ya van dos

veces hoy.

—Hola, bombones —se adelanta

Flash, quitándole protagonismo a Hulk

—. Sí, somos del ejército.

—Hola,

chicas

—intervengo—.

¿Queréis tomar una copa? Coronel —
digo dirigiéndome al cortado de Hulk—,

¿verdad que vas a invitar a estas
bellezas? —La morena sí lo es, al
menos.

—Cabrón —cuchichea en mi oído
—, no llevo un euro.

—No te preocupes, para eso está el
Capitán —le respondo guiñándole un
ojo.

—¿A qué cuerpo pertenecéis? —
pregunta la morena—. Tengo curiosidad,
no todos los cuerpos tienen el mismo...
morbo. —Ha caído en las redes, la
picarona; ésta es de las mías.

—Pues... —Hulk duda de lo
nervioso que está; se nos ha bloqueado y
puede meter la gamba.

—Ejército de Tierra. ¿Ése te da
morbo o lo descartas? —Vaya con el
Capitán, se nos ha venido arriba; está
claro que la chica ha llamado su

atención. Aunque no me extraña, la tía está como un queso. Todo lo contrario que su amiga rubia, que es de las que, al pasar por una obra, los albañiles se ponen a trabajar.

—Pues la verdad es... —responde coqueta a mi jefe—... que me daría más morbo que fueseis del Aire. Las acrobacias son espectaculares; las del aire... y las que no. —¡Joder cómo las tira la morena! Ésta no se anda con rodeos, aunque le está lanzando el anzuelo al pez equivocado.

—Yo puedo lanzarte por los aires.

—Hulk se acaba de arrancar, pero va en dirección contraria y la cosa no pinta bien—. Digo, que en el aire se pueden hacer cosas. Vamos, que... me refiero a que...

—Coronel, que las asustas —corto sus divagaciones; el pobre está tan nervioso que temo que se ponga verde de verdad—. Todos conocemos tu fuerza, sólo hay que verte —añado apretándole el brazo para darle mi

apoyo e intentar calmarlo.

—Yo soy Grisel y ella es mi amiga

Marga —anuncia señalando a la rubia.

—Hola —oigo decir a la tímida

Marga.

—¿Tú también eres de Canarias? —

le pregunto.

—Sí, soy de Fuerteventura. Acabo

de llegar a Madrid.

—¿Y a qué os dedicáis? —plantea

Fernando.

—Yo trabajo en una perfumería de

un centro comercial —responde la

morena.

—Yo trabajaba en marketing, pero

aquí he encontrado un empleo de

teleoperadora en una empresa de

telefonía.

¡No me jodas! ¿A que va a ser la

misma que me ha llamado esta tarde?

Miro a Fernando, quien, por su gesto,

me confirma que ambos estamos

pensando lo mismo. Si con lo grande

que es Madrid me he topado con la que

me ha colgado el teléfono, me rapo al

cero. Necesito salir de dudas, quiero demasiado a mi media y salvaje melena.

—¿Y cuánto tiempo llevas

trabajando en esa compañía?

—He empezado hoy.

—Y, exactamente, ¿qué haces? —Su cara ha cambiado con tanta pregunta.

—El objetivo principal es que se cambien a nuestra compañía, para lo que ofrecemos un terminal gratis; un Huawei P9, para ser más exactos. ¿No me digas que te interesa? —Ahora su tono también lo ha hecho. ¿Me habrá reconocido?

Fernando y yo volvemos a mirarnos.

¡Me acabo de llevar el premio! ¡Bingo!

¡Doña Clavel en persona! Aunque, lo de raparme, lo retiro, no sé en qué demonios estaba pensando.

—Mucho gusto —se vuelve a adelantar Flash, que odia no ser el centro de atención, para darles dos

besos a ambas—. Yo soy Flash, y ellos
son Capitán América, Hulk y...

—No me lo digas —lo corta la rubia
para dirigirse a mí—: Tú eres Iron Man.

—El mismo que viste y calza. —

Vale, mis sospechas eran ciertas, está
claro que me ha reconocido. Si al final
va a resultar que no es tan pava como
me esperaba.

Las chicas se miran entre ellas, y
Grisel me regala generosamente una
envenenada mirada. ¡A saber lo que
habrán hablado de mí!

Una

vez

hechas

las

debidas

presentaciones, los unos con las otras
nos damos los dos besos de rigor, hasta
que me toca dárselos a ella. Gratamente
me sorprende al comprobar lo bien que
huele; me recuerda al azahar.

Flash intenta por todos los medios
llamar la atención de ambas, pero no lo

logra: Grisel no deja de hablar con mi jefe y Doña Clavel se coloca a mi lado.

Las chicas acaban de escoger y, en un arranque de ego herido, habla con Hulk y ambos se despiden de nosotros y se marchan del local.

Bebo de mi copa observando cómo el Capitán y la morena tontean apoyados en la barra. No tengo intención alguna de mantener una conversación forzada y decido sacar mi móvil.

—Vaya, así que por ese terminal me has rechazado. ¿Tengo ahora los cinco minutos? —He de reconocer que con esta pregunta se los ha ganado.

—Me pillas generoso —contesto guardando mi teléfono en el bolsillo trasero del pantalón—, te concedo seis.

—¡Guau, estoy de suerte!

—Veo que te has dado prisa en venir a verme. Menuda comisión. —Sé que no es cierto, pero me gusta picarla.

—Por lo poco que conozco de ti, aseguraría que no hay comisión que compense el aguantarte, Iron Man. Por

cierto, te va que ni pintado.

—¿Por qué crees que se lo pusimos?

—interviene mi jefe.

El muy cabrón está a dos bandas; ha escuchado lo que hablábamos y viene a regocijarse. Me conoce como nadie y sabe que Doña Flor me está empezando a tocar las narices.

—Me lo puedo imaginar, aunque no creo que sea por lo... duro —suelta mirándome el paquete.

Los tres se ríen en mi cara, incluido el capullo de mi jefe, al que ya se las haré pagar mañana.

—¡La dureza la tengo donde debo tenerla! —Vale, estoy siendo brusco con ella, pero no permito que nadie se meta con mi... herramienta.

—Es duro de mollera —aclara Fernando, alias también el Tocapelotas.

—Eso es algo que no voy a discutir, mi Capitán.

—Chica

lista

—responde

guiñándole un ojo.

—Bueno, ¿qué tal si dejamos de medir quién tiene qué más duro y nos invitáis a esa copa? —interrumpe Grisel, agarrando del brazo a Fernando, para volver a retomar su conversación.

Tras pedirle una bebida a cada una y un segundo cubata para nosotros, la rubia y yo volvemos a quedarnos en silencio, mientras nuestros amigos continúan tonteando apoyados en la barra.

—Esto es *chupiguay*. ¡Me ha tocado la lotería! —cuchichea Doña Clavel, o más bien Doña Rosa, porque hay que ver la de espinas que tiene la niña.

—Me alegro de que me veas como un premio, aunque, te advierto, éste te va a costar conseguirlo.

—¡No tengo intención alguna en conseguir ese... *trofeo*!

—¿Estás segura? Porque, si no recuerdo mal, esta tarde no decías lo mismo. Si mi memoria no me falla, cierta persona estaba muy interesada en

conocer mi estado civil y quería venir a verme.

—Sólo quería hacer un cliente.

—Pues como tengas que ir a verlos a todos, no vas a sacar para comisiones.

—Descuida, que no haré parada en tu casa. —He conseguido cabrearla de verdad—. Entre todos los posibles clientes, he tenido que llamar al más gilipollas —espetta, enfatizando la palabrita de marras.

—¿Yo he sido el gilipollas? —La madre que la parió. Me tiene negro.

—¡Mira, en eso nadie te gana!

—Pues no quiero ni pensar en cómo llamarás a los que te han gritado o no te han concedido cinco minutos.

—Pese a eso, ninguno ha sido tan borde como lo estás siendo tú.

—¡Me colgaste el teléfono!

—Pues imagina que lo vuelvo a hacer —afirma haciendo un gesto con la mano como si colgara un teléfono de mesa.

Pero ¿quién cojones se ha creído

esta tía que es? ¡A mí nadie me cuelga!

¡En todo caso, sería al revés!

—Puedes hacer todos los gestos que quieras, porque, lo que es en la realidad, no vas a tener la oportunidad. Si crees que voy a volver a cogerte el teléfono, ¡vas lista! Ah y, de paso, puedes meterte el terminal por donde te quepa. —Sé que me he pasado, pero no me importa —. Tío —le digo a Fernando tocándole el brazo para llamar su atención, pues está ensimismado charlando con Grisel —, yo me largo. Nos vemos mañana.

—¿Dónde vas tan pronto?

—Estoy cansado, me voy a dormir.

Hoy el día ha sido demasiado...

tocapelotas —comento mirando a Doña Flor, que sonrío sin cortarse lo más mínimo, lo que logra cabrearme aún más si cabe—. Grisel, un placer conocerte. Marga, hasta siempre —suelto sin darle opción a réplica antes de marcharme de allí como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO 5

Marga (alias Doña Flor)

Parpadeo aguantando la sonrisa y tragándome las lágrimas con sabor a rabia que quieren brotar de mis ojos. Ese tipo es un verdadero... sapo verrugoso. No puedo creer lo que ha pasado, ¡no puedo creer que me lo haya encontrado justamente a él! ¡Entre todos los millones de personas que pueblan Madrid, va y me topo con él! Desde luego es una broma cruel del destino. Acabo la copa mientras observo a Grisel sonriendo embobada al Capitán América. ¡Vaya panda de frikis! Parece que le gusta de verdad, lo noto porque la sonrisa le llena la mirada y no puede dejar de tocarlo con las manos. Siempre le pasa cuando le gusta un chico en serio. Suspiro y me trago un sorbo del ponche con Coca-Cola que me han servido antes, y de paso obligo a algunas lágrimas a bajar con el líquido. Ese sapo no se merece que derrame ni una sola por él. ¿Que es un premio? ¿Que tengo que ganármelo? ¿Que me concede seis minutos? ¡Vete a la mierda,

Sapo Verrugoso!

Acabo lo que queda en el vaso de un
tirón y me vuelvo hacia mi amiga.

—Grisel, me voy a casa.

—Pero ¿por qué?

—Es tarde, mañana tengo que volver
al trabajo.

—Tienes razón —dice para mi
sorpresa—; hasta otra, Capitán. —

Sonríe dulcemente mientras parpadea
con sus largas y bonitas pestañas, que
parecen poder paralizar el tiempo a su
alrededor.

—Sí, es tarde. Me ha encantado
conocerle, Grisel —susurra mientras se
lleva la mano de mi amiga a los labios y
deja un suave beso en ellas.

Me derrito; me encantan esos
detalles y eso calienta mi corazón... es
uno de esos que te hacen feliz, como que
te sostengan la puerta abierta para que
pases delante, que te cojan una flor del
campo, que Iron Man se quemara en el
infierno... sí, eso también acaba de
calentar mi corazón.

—¿Puedo volver a disfrutar de tu compañía? —pregunta educado.

—Claro, me encantaría —afirma

Grisel, a la vez que toma un boli de su bolso y apunta su número en la mano del Capitán.

—Genial; entonces, hasta otro día.

—Se despide de ambas con besos en las mejillas y nos quedamos solas.

—A ver, ¿qué te ha pasado? ¿Te dejo al que estaba más bueno de todos y lo espantas?

—¿Que yo lo he espantado? ¡Vamos! Si está claro que lo que él quería era llevarte a la cama y se ha tenido que conformar con la amiga fea.

—No digas eso, no eres fea.

—Ni guapa.

—¡Ay, mi Margarita!

—No te preocupes, estoy bien — digo caminando hacia la calle—, es sólo que cada día que pasa soy más consciente de que no voy a encontrar a mi príncipe azul, y me duele.

—Marga —oigo la voz de Grisel

retumbar en la oscuridad y tranquilidad de la calle—: Tienes que dejar, por tu bien, de pensar en príncipes. ¡No existen! Busca a ese hombre que te saque de tus casillas y que te haga sentir... viva.

—Sí, como el gilipollas de Iron Man.

—Sí que te saca de tus casillas: no te he visto tan borde ni con esa boca en toda mi vida, me tienes sorprendida. De verdad, te lo digo de corazón, ya sabes que eres para mí como una hermana y no quiero que sigas perdiendo el tiempo en fantasías. Tienes que dejar esa inocencia y ese romanticismo aparcados y empezar a ver la vida de otra forma.

Durante el resto del trayecto, que lo hacemos a pie, ya que el local queda a una escasa media hora andando de nuestro edificio, no paro de darle vueltas a todo el tema. Llegamos a casa y estoy cansada de todo, harta. No he podido dejar de pensar en lo que Grisel me ha comentado y he llegado a la

conclusión de que tiene razón, nunca voy
a encontrar a un príncipe azul que me
ame de verdad, de esa forma en la que
sueño; nunca habrá nadie que me desee
tanto... Tengo que dar una oportunidad a
las ranas; al sapo, no, ese descartado,
pero tal vez alguna rana que no me salga
tan rana...

—Grisel —la llamo al salir del
baño con el pijama, sin maquillaje y con
el pelo recogido con descuido.

—¿Sí?

—Tienes razón.

—Has tardado muchos años en darte
cuenta,

pero,

dime,

¿en

qué

concretamente?

—Tengo que encontrar a alguien;

bajaré el listón, de príncipe a rana.

—Bueno, bueno, no corras tanto,

lince;

también

podemos

bajar

a

caballero, paso a paso.

—Vale,

enséñame

a

usar

la

aplicación.

—Está bien, vamos a crearte un

perfil en adopta_un_cachondo.com.

—¿Qué?

¿No

era

adopta

un

príncipe?

—¿Qué hemos dicho de príncipes?

—De

acuerdo

—suspiro,

rindiéndome.

—Entonces, lo primero es elegir una

foto tuya.

—La de la máscara.

—¿Otra vez?

—Es que no quiero que se echen
para atrás nada más verme...

—Marga... —replica triste.

—No importa, no pasa nada. Sé que
no soy lo que se dice guapa.

—A ver: eres bonita y, además de
tener un cuerpo de infarto, eres una
mujer fabulosa.

—Sí, pero, si no les gusta el
envoltorio, no van a pararse a
desenvolverlo, es así.

—Está bien, subiré la foto de la
princesa. Después meteremos tu fecha
de nacimiento, tu estado civil...

—Soltera, como todos, ¿no?

—No, cariño, como todos, no.

Muchos

están

casados

o

tienen

relaciones, pero buscan algo más...

—Ah... —Desde luego es que soy

una pava.

—Vale, ya hemos introducido los datos. Ahora ponemos lo que buscamos:

hombre, metro ochenta como mínimo, soltero, atractivo, deportista...

—Yo creo que es suficiente.

—De acuerdo... le damos a aceptar y ya estás en el mercado. Ahora, a esperar.

—¿Esperar?

—Sí, a que alguno se interese por ti y te escriba.

Me quedo en silencio; durante unos largos minutos la aplicación no me da ningún aviso, pero, de repente, un pitido me indica que tengo un mensaje. Grisel viene corriendo hasta el sofá y, de un salto, se sienta a mi lado.

—¡Ábrelo,

ábrelo,

no

puedo

esperar! —exclama dando grititos.

—Nunca entenderé por qué todo lo que me afecta a mí te hace tanta ilusión a

tí... Vale, abro y... ¡vaya! ¿Eso qué es?

¿Ese número?

—Son visitas. Ya has tenido veinte visitas.

—¿Son muchas?

—Sí; ahora vamos a ver perfiles y a descartar.

Grisel empieza a ver las fotos de los chicos que me han mandado mensaje y, de pronto, entre «éste no, aquél tampoco», se detiene y se queda sin habla.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—¡No me lo puedo creer! —Estalla en carcajadas.

Al mirar, veo por qué: ahí delante, lo tengo; es su foto, que en ese momento se me antoja una diana a la que me apetece tirar dardos con la punta impregnada en cicuta.

—Bórralo, no lo quiero en mi perfil.

—¿Estás segura? Mira qué mono está en esta imagen, madre mía, ¡qué abdominales! ¡Parece un xilófono!

Tocaría música con mis tetas en su

estómago.

—¡Grisel! No quiero volver a verlo, se ha portado fatal conmigo: ha sido borde, descortés y muy desagradable.

—Entonces, ¿por qué, en vez de eliminarlo, no le sigues el juego y se la devuelves? —Me detengo un instante en sus palabras, las sopeso y creo que tiene, de nuevo, razón. Ahora es mi turno de jugar duro y darle un poco de su propia medicina. Puede que en persona me cueste más, pero a través de la aplicación todo va a ser más fácil; tengo algo a mi favor: no sabe quién soy yo, pero yo sí sé quién es él.

—Está bien, que empiece el juego.

—¡Ésa es mi Margarita!

—Bueno, espera...

—¿Qué?

—Mejor lo dejamos para otro día; ya es tarde, estoy cansada y mañana será un día largo. De todas formas, ya lo tengo localizado.

—Vale, descansa. Marga...

—Dime.

—Mañana no sé si podré ir a comer contigo.

—No te preocupes, mi niña, puedo estar dos horas sola frente a un plato de pasta sin que nada me suceda.

—Está bien, hasta mañana.

Me meto en la cama y dejo que las sábanas me cubran entera; estoy agotada y triste. Antes de poder evitarlo, las lágrimas aparecen y empapan mi rostro. Estoy destrozada. Ese chico me ha herido más de lo que pueda creer. Y tengo la culpa, porque los príncipes no existen y no dejo de pensar que, tal vez, esa historia de encontrar a mi príncipe azul sea tan sólo a causa del miedo que me da que me rompan el corazón.

Todavía recuerdo, y se me eriza el vello del cuerpo, lo mal que lo pasó Grisel cuando Airam la dejó. El dolor de un corazón roto, cuando la herida duele de verdad, es insoportable. Tardé semanas en lograr que volviese a sonreír, y ese día fue en el que decidí que sólo estaría con el perfecto caballero. Sin embargo,

Grisel tiene razón, de nuevo, y es raro, porque no acostumbro a dársela, pero hay muchos sapos y lo que tengo que hallar es a la rana. Es curioso que ella se haya repuesto de aquella experiencia y yo siga aterrorizada por la posibilidad de sufrirla.

El pitido insistente del despertador me reclama. Abro los ojos y los noto pegajosos por el llanto; en algún momento de mis pensamientos, y entre lágrimas, me dormí. Me levanto y siento las piernas entumecidas por la postura. Me estiro, cojo ropa y me voy directa a la ducha. Llamo a Grisel, pero no está, ya se ha ido.

Cuando estoy lista, me hago un café y lo pongo en un vaso de papel. Grisel tiene ideas geniales y me parece *chupiguay* poder llevarme el café a la calle y tomarlo mientras camino hacia mi infierno personal, donde dejo de ser Marga y me convierto en Trece.

Voy mirando escaparates a la vez que sorbo de mi café; me detengo a

ojear un bolso precioso con estampado floral... Lo sé, por si no tengo suficiente con mi nombre... La puerta de la tienda se abre con brusquedad y un tipo cargado de cajas sale; no me da tiempo a reaccionar y me embiste. Noto cómo caigo hacia atrás y sólo puedo pensar en el maldito café que va a mancharme la falda, blanca y con flores amarillas, que llevo puesta.

Cierro los ojos, en espera de lo inevitable y, entonces, siento cómo un calor traspasa mi espalda y me sostiene... como rayos de sol poderosos que hacen de amortiguador.

—¿Está bien, señorita?

—Sí, sí... gracias —balbuceo al saber que un chico me ha salvado.

—Espere aquí un momento, por favor —me pide después de dejarme a salvo con los pies en el suelo, de nuevo en vertical. Observo su paso seguro; va vestido con traje, lleva el pelo corto, rubio, y me despisto mirando su espalda amplia cuando, de repente, se para

frente al hombre que me ha derribado.

No sé qué es lo que está pasando;

hablan tan bajo que no puedo oír nada y,

después de varios cabeceos del hombre

de las cajas, emprenden la marcha en mi

dirección.

—Discúlpese —ordena con voz

seria.

—Lo siento, señorita, no la he visto.

—No importa, está bien, gracias —

¡No puedo creérmelo! No quiero

hacerme ilusiones, pero todo mi cuerpo

grita de alegría, ha sacado los pompones

y tiene ganas de hacer un triple mortal.

¿Será posible...? «Detente, no empieces,

hemos quedado en que nada de

príncipes.»

—¿Se encuentra bien, señorita...?

—Marga, mi nombre es Marga, y sí,

estoy bien gracias a usted...

—Felipe, me llamo Felipe.

¿Qué? ¡Tiene nombre de príncipe!

«Para, para, que te embalas de nuevo;

piensa en verde, verde de rana, no en

azul...»

—Gracias por evitar que cayese.

—Ha sido todo un placer —

murmura llevándose mi mano a sus
labios y dejando un suave beso en ella

—. ¿Puedo acompañarla a su destino?

—Gracias, pero no es necesario,

voy a trabajar y llego tarde.

—Como desee, señorita —contesta

sonriendo.

¡Madre mía! ¡Madre mía! Me voy a
derretir en pequeñas gotas de todos los
colores del arcoíris. ¡Si incluso me ha
parecido ver un unicornio en el cielo!

¿Qué hago para no estropearlo?

No sé qué hacer ni cómo actuar, y
sin más me doy la vuelta y me alejo de
allí acompañada del frufrú de mi falda.

Con las manos húmedas, entro en la
oficina y me dirijo a mi puesto. Hago
algunas llamadas y, sin esperarlo, oigo
que llaman a Trece, o sea, a mí, por el
interfono.

—Trece, número trece, preséntese
en la oficina de personal.

Al escucharlo, me dirijo, temblorosa

y con el estómago encogido, hacia allí.

¿Para qué me querrán? ¿Habré hecho algo mal? ¡Es sólo mi segundo día!

Llamo a la puerta, despacio, deseando que no me oiga quienquiera que esté tras ella y poder irme, pero no tengo tanta suerte, pues la puerta se abre y me topo con él.

—¡Vaya! ¡Hoy es mi día de suerte!

—exclama al verme.

—El mío también, Felipe. —Sonrío más calmada.

CAPÍTULO 6

Chema (alias Iron Man)

«Menudo dolor de cabeza que tengo», pienso de camino al baño para darme una ducha. No me apetece ni mirarme al espejo, hoy paso.

Mientras el chorro de agua tibia cae con fuerza sobre mi cuerpo, hago un repaso de lo que tengo pendiente: acabar de ducharme, ir a trabajar y... ¡joder, no tengo plan para esta noche! Luego tiraré de móvil, que llego tarde. Termino de ponerme el uniforme, cojo mis cosas y

en menos de dos minutos salgo del garaje montado en mi belleza para desayunar con Fernando. Durante el trayecto, me vienen a la mente imágenes de anoche que rápidamente descarto.

¡Paso de pensar en esa tía! Hacerlo me pone de mala leche y no es lo que más necesito precisamente ahora.

El cuadro digital me avisa de que la moto está en reserva. Miro el reloj y compruebo que tengo algo de tiempo para desviarme de mi ruta antes de ir al bar. Le doy al intermitente en la avenida y pongo rumbo a la gasolinera más cercana. A falta de medio kilómetro, observo cómo una chica está a punto de caer al suelo. Sin pensarlo dos veces, salgo del carril y me paro a un lado. Con los pies ya en el suelo y cuando me dispongo a bajarme, compruebo que un tío trajeado ha impedido que la mujer se estampe de bruces contra la acera. La escena me recuerda a una de esas películas ñoñas que tanto les gustan a las tías. Sacudo la cabeza. Voy a

retomar la marcha, pero de pronto mi puño da un acelerón en respuesta a lo que mis ojos ven en ese momento; la chica que ha sido salvada por un perfecto caballero es Marga. ¡Venga, no me jodas! ¿Es que no me voy a librar de ella? Esta vez soy yo el que, de forma consciente, doy un par de acelerones antes de incorporarme al carril y salir pitando de allí. Si esto es una broma del destino, no me hace ni puñetera gracia.

—Bueno, menuda cara traes hoy —
suelta mi jefe nada más verme aparecer por la puerta del bar—. Cada día mejoras.

—¡Anda y que te den! Buenos días —saludo al camarero, que ya está preparándose mi habitual café con leche y me ha dejado el bocadillo sobre la barra.

—Yo he dormido como un crío.

—¿Tuviste fiesta con la parienta?

—¿Con Amelia? ¡Qué más quisiera yo! No sé qué le pasa últimamente, pero no hay manera.

—A ver si voy a tener que darte

clases —balbuceo con la boca llena.

—Eh, baja de la nube, modesto.

Cuando no es la cabeza, es que está cansada. ¡Joder!, ya ni me acuerdo de la última vez.

—En serio, Fernando, ¿cuánto hace que no...?

—Pues,
echando
cuentas

—
demasiado está tardando en contestar.

Su cara ladeada y su mirada al infinito me confirman que es cierto lo que me está contando—, va para tres meses.

—¡¡¿Qué?!! —Casi me atraganto y mi grito ha hecho que todo el bar nos mire.

—Lo que me vayas a decir, ya lo sé.

—Tío, ¿tu matrimonio va bien? —
pregunto apretándole un hombro.

—Al principio pensaba que era algo pasajero, pero lo cierto es que no.

Apenas nos vemos y, cuando llego a

casa, reventado de estar todo el día cargando y descargando, es ella la que está cansada. Y eso que no trabaja.

—Esto no pinta nada bien; lo sabes, ¿verdad?

—Por desgracia, sí, aunque no quiero verlo.

—Bueno, tómate tu tiempo, tampoco hay prisa. ¿A dónde vamos hoy? — pregunto para desviar el tema; su apenada cara me está revolviendo las tripas.

—Hoy toca currar en el centro. Un quinto piso.

—Perfecto, podremos irnos pronto a casa. —Cuando me vengo a dar cuenta de lo que he dicho, añado—: ¿Te puedes creer que no tengo plan para esta noche?

¿Quieres ser mi pareja? —Le echo el brazo por encima de los hombros y le hago ojitos; cualquier cosa con tal de que cambie esa cara de perro degollado.

—¡Venga ya! ¿Iron Man sin un plan un viernes por la noche? Eso sí que no me lo creo.

—¿Y por qué iba a mentirte?

—Eres un capullo. Pero, ¿sabes qué?, acepto tu proposición. Me apetece volver a ver a Grisel; la llamaré y quedaremos los cuatro.

—¡Eh, para el carro! La cita es conmigo.

—A ti ya te tengo muy visto. Y, no te ofendas, pero no eres mi tipo.

—En serio, tío. No tenemos por qué quedar con ellas.

—Míralo de este modo: fuiste un capullo con la rubia y es una oportunidad perfecta para disculparte y que conozca al verdadero Chema.

—Pero ¿tú de qué parte estás?

—De la mía. No me vendría mal despejarme un poco.

—Joder. Está bien, llámala.

—¡Ése es mi chico! —suelta echándome ahora él el brazo sobre los hombros.

—¡Quita, gilipollas! Haces conmigo lo que quieres —confieso retomando mi bocadillo y viendo por el rabillo del ojo

cómo en su rostro se dibuja una amplia
sonrisa.

La jornada termina antes de lo
previsto. La mitad del equipo está en la
otra punta de la ciudad, en una tienda de
calzado que se traslada a una calle más
céntrica, mientras que nosotros, con la
grúa, hacemos la mudanza de un piso a
otro cercano. Los chicos están como yo,
cansados por la agotadora semana que
hemos tenido, pero contentos porque es
viernes y tenemos un fin de semana por
delante. Claro, ¿y quién no?

Lobezno nos ha preguntado en más
de una ocasión por la noche anterior,
pero Flash se ha encargado de
explicarle que no fue gran cosa. Hulk, en
cambio, ha permanecido callado para no
tener que contarle lo de su bloqueo; el
pobre no es muy ducho en el arte de
ligar, pese a lo buen tío que es.

Después
de
cenar
una

pizza

congelada que me he encontrado más

sola que la una en la nevera, me voy al

baño a darme una reparadora ducha.

Aprecio mucho a Fernando, pero lo que

voy a hacer esta noche no deja de ser un

esfuerzo para mí. Cada vez que pienso

en la rubia, con su estúpida falda de

bailarina estrafalaria y su genio, me

entra una mala leche que no me aguanto

ni yo.

Necesito

descargar

tensión

y,

aprovechando la suavidad del gel,

comienzo a masturbarme al tiempo que

me enjabono el resto del cuerpo. Cierro

los ojos y recreo en mi mente las

imágenes del último polvo que eché

hace dos noches... la forma en que la tía

se movía y sus excitantes gemidos

logran ponerme a cien. Era insaciable,

pues entre jadeos me exigía que se la

metiera más y más fuerte. Recuerdo

cómo estaba a cuatro patas, mientras yo la agarraba por la cintura y la penetraba de forma salvaje por detrás. ¡Cómo me pone esa postura! Estaba suave y mojada, hasta el punto de volverme loco. ¡Joder! Estoy tan excitado que tengo que apoyarme con la otra mano sobre la fría pared de azulejo. Tengo la polla ardiendo, gorda y dura como una piedra.

La cremosidad del gel me recuerda su sexo. ¡Dios! Siento tanto placer que temo correrme antes de lo que pensaba. Pero no quiero llegar, quiero que dure, alargarlo lo máximo posible, así que me la suelto por un momento, para tocarme los huevos y rozarla sólo con la muñeca.

De nuevo retomo el encuentro y rememoro cómo le tocaba las tetas mientras me la follaba. ¡No puedo aguantar más! Mi mano regresa a mi polla, que la agarra, la estrangula y la masturba con rápidos movimientos. ¡Sí! ¡Me corro! Esas tetas, esas curvas, ese culo, ese... ¡¡¡Mierda!!! Se me ha

cruzado Doña Flor por en medio. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué pinta ella aquí? Al borde del éxtasis, aumento aún más la velocidad y, finalmente, me dejo llevar por un increíble orgasmo, que dejo derramar junto con el agua que cae de la ducha.

Exhausto, apoyo el hombro sobre la pared, preguntándome qué diablos ha pasado para que la canaria haya aparecido de repente, y más en un momento así. Mosqueado, como poco, y aún más al recordar que voy a verla dentro de un rato, me coloco bajo el chorro para acabar de enjuagarme, mascullando entre dientes un «¡ésta me la pagas, Capitán!».

Aún falta media hora para irme, así que me tiro en bolas sobre el sofá para echar una ojeada al móvil. Había quedado con una tía para mañana, pero no estoy seguro de querer verla, así que me meto en la aplicación para descubrir si hay alguna nueva chica que me pueda interesar. Anoche estaba muy cansado y

apenas le dediqué un par de minutos, de ahí que no tuviese cita para hoy. ¡Me gusta vivir al día, los compromisos no son lo mío!

Al igual que ayer, visito el perfil de una rubia con una máscara. No sé por qué, pero me detengo a examinarla. Su nombre ya me llamó la atención nada más verla: MISSteriosa. Busco más fotografías, pero no encuentro ninguna. Tengo que reconocer que su *nick* hace honor al misterio que la envuelve.

Comienzo a escribirle, pero, sin saber muy bien por qué, borro lo que llevo tecleado hasta ahora.

Escogí esta aplicación porque puedes saber con exactitud quién visita tu perfil y cuántas veces y, según dice en la pestaña de arriba, ella ha visitado el mío cuatro.

—¿Con que ésas tenemos, rubia? —
le hablo al móvil—. Tú has visto mis

cuatro fotos: la de la playa del perfil, la de la moto y un par más haciendo el tonto. Está bien, como quieras. Ya vamos 2-4, pero esta partida la ganaré yo.

En un arranque de ego masculino, le escribo finalmente:

Iron Man: Sácame de la duda. Una de dos: o eres muy tímida o te gustan mis fotos.

Enviar. Listo. Te toca, MISteriosa, a ver por qué te decides.

¡Llego tarde! Dejo el móvil sobre el sofá y me voy al cuarto a vestirme. Esta vez sí me permito recrearme un poco delante del espejo. ¡Que se esperen, que esto es más importante!

Bíceps, tríceps...

Cuando doy por terminada mi sesión de *inflaego*, entro en el vestidor y me quedo mirando la ropa. ¿Qué cojones me pongo? ¿A quién saco hoy, a Chema o a

Iron Man? ¡Ya me vale, está claro! Con una sonrisa ladina de superioridad, elijo mi pantalón vaquero negro y mi camisa negra entallada, ambos de Dolce & Gabbana. Me calzo mis botas y compruebo el resultado frente al espejo.

¡Te vas a enterar, Doña Flor! De nuevo en el baño, me echo un poco de colonia en las manos, doy una palmada y me las paso por la cara para impregnar mi perfecta y recortada barba recién arreglada. ¡Listo! Tras coger mis cosas, salgo de mi piso para reunirme con mi verdadera novia, la que nunca me falla ni se queja por nada: mi moto.

En quince minutos me planto en el pub donde Fernando ha quedado con las chicas. No tengo muchas ganas de hacer esto, pero he dado mi palabra. Una vez que aparco, abro la puerta y, tras un suspiro y un «¡vamos, Iron, que tú puedes!», entro en busca del cabrón que me ha metido en este lío.

Echo un rápido vistazo y los localizo al final del pub, sentados a una mesa

alta. Sólo están el Capitán y Grisel, a quienes saludo nada más llegar.

—Buenas.

—Tío, ya empezaba a pensar que no venías —dice con una sonrisa en la cara, pero con una mirada asesina, que básicamente me paso por donde él ya sabe.

—Hola,

Iron

—saluda

Grisel

dándome dos besos, pero sin soltar el brazo de mi amigo.

Con la mirada busco a Doña Flor, a quien no veo por ningún lado, pero paso de preguntarles, no vaya a ser que piensen lo que no es.

—Voy a la barra a pedir. —Ellos ya tienen una copa en la mano y yo necesito beber algo.

El camarero me atiende y, en el momento en el que le pido lo que quiero tomar, me quedo paralizado al mirar al otro lado de la barra. ¡¡¡No puede ser!!!

¡¡¿Es ella?!! Conforme se acerca hasta donde están los otros dos, me quedo sin habla e intento asimilar lo que ven mis ojos. Lleva la melena suelta, un vestido corto negro ceñido y unos tacones. Me quedo observándola con detenimiento y me sorprendo al comprobar que tiene un cuerpo de infarto. Bajo la vista y me percató de que las piernas van acordes con el resto. Sin recrearme demasiado en el escote, subo hasta encontrarme con la cara. ¡Joder, de fea no tiene nada! No sé si será el maquillaje, la ropa o todo el conjunto, pero realmente ha cambiado; incluso el gesto de mala leche que tenía ayer. ¡Vale, lo confieso, me comporté como un capullo! Aunque no debo olvidar que fue ella la que me colgó. ¡De acuerdo, lo vuelvo a confesar, tenía sus motivos!

Antes de que mis pensamientos se

conviertan en lo que parece ser una puta confesión ante un cura, pago mi copa, le doy un gran sorbo y, tras respirar hondo, me encamino hacia ellos, dispuesto a demostrarme a mí mismo que puedo con esto y con todo lo que venga.

CAPÍTULO 7

Marga (en secreto, alias

MISsteriosa)

«¡No me lo puedo creer! ¿Mi príncipe azul es el de personal? ¿Me irá a despedir?»

—Vaya, sí que es una sorpresa... —
murmuro pensando que tengo un pie fuera.

—Sí, la verdad es que me ha sorprendido mucho cuando me han pasado la ficha de la nueva, Trece, y me he encontrado con una sonrisa familiar y muy bonita —susurra cerca de mi oído. No se ha separado de mí; sigue apoyado en su mesa y yo estoy tan cerca que puedo olerlo. Su aroma es fuerte; no sé qué perfume usa, pero embriaga mis sentidos. Sus ojos son verde oscuro y su

cabello no es tan dorado, ahora que el sol no se refleja en él. Es alto, fuerte, educado, y tiene unos labios que parecen gritar que los bese.

Abro la boca para decir algo, pero mi cuerpo instintivamente se inclina hacia delante; de pronto el frufrú de la falda parece estridente y, cuando casi puedo tocar sus labios, la imagen del odioso Iron Man se cruza en mi mente.

¡¡Sí!! Esa maldita foto semidesnudo que tiene como perfil junto con las otras, en la moto, haciendo gracias... me nublan la mente, así que hago que mi cuerpo se coloque de nuevo en su sitio y resoplo molesta.

—Sí, soy la número trece, empecé ayer. Todavía no se me da muy bien captar clientes. —A ver, ¿por qué confieso eso a la persona que puede ponerme de patitas en la calle?

—¿Con quién vas a comer? — pregunta sin darle importancia a lo que acabo de reconocer.

—Sola; hoy mi amiga Grisel no

puede acompañarme.

—Está bien, come conmigo y

hablamos de temas de trabajo, si te

parece.

—Vale —balbuceo y, sin saber qué

más decir, me doy la vuelta para salir de

la oficina.

De repente el aire parece que de

nuevo llega y me inunda los pulmones.

¡Dios! ¿He estado a punto de besar al

príncipe y he pensado en el Sapo

Verrugoso? Estoy muy mal de la cabeza;

sí, definitivamente estoy loca.

Con

el

frufú

de

mi

falda

acompañándome hasta el cubículo, me

encierro en el trabajo y, llamada tras

llamada, recibo la misma respuesta: un

sonoro pitido al colgarme.

El timbre que avisa del descanso me

saca de mi frustrante mañana; no sé por

qué no soy capaz de hacerme con ningún
cliente, pero no puedo desistir, sólo es
el segundo día. Caerá alguno, digo yo,
porque estadísticamente es imposible
que ni uno solo me diga que sí.

Me levanto y compruebo que, al
salir, Felipe me espera en la puerta.

¡Dios! Si parece sacado de una película
de Disney. Lleva unas flores, ¿serán
para mí? Lo más probable es que sí,
pero no quiero hacerme falsas ilusiones,
va todo demasiado... rodado.

—Flores para una hermosa flor.

—Gracias

—contesto

sonriendo

mientras acepto el brazo que me ofrece.

Voy caminando a su lado y parezco
una niña con zapatos nuevos; es como si
supiera exactamente qué es lo que tiene
que hacer en cada momento para
enamorar me. Primero, me salva y me
libra de una caída mortal... bueno, vale,
mortal a lo mejor es mucho decir,
agarrándome fuerte entre sus brazos.

Luego, como por arte de magia, trabaja conmigo y me ha propuesto salir a comer con él, y ahora me trae flores y me ofrece el brazo. ¡Ay, Dios! ¿De qué libro de las Brontë se ha escapado este varón? A lo mejor por fin ha llegado el indicado al que entregarle mi clavel...

«¿Clavel? ¿Otra vez tú? ¿No voy a poder sacarte de mi mente?» Resoplo repetidamente

y

Felipe

me

mira

extrañado.

—¿Sucede algo, Margarita?

—Marga mejor —puntualizo—. No, es sólo que me frustra no haber captado ningún cliente todavía.

—No puedo comprender por qué no has logrado atraer a ninguno —susurra dándole a las palabras otro significado más íntimo.

—Algunos ni siquiera me dan la opción a hablar: me cuelgan, me gritan...

—No puedo creer que nadie en el mundo pueda colgarle el teléfono a una chica tan encantadora como tú.

—Bueno, si yo te contara... —

Suspiro de nuevo al recordar a mi querido sapito.

Llegamos al pequeño restaurante al que vamos a comer, el mismo en el que estuve con Grisel, y nos sentamos en una pequeña mesa para dos. El camarero nos atiende enseguida y la conversación fluye... en torno a él. Llega un momento en el que me aburro de escuchar cuarenta veces en la misma frase la palabra «yo». Es un tipo guapo y mimado, que lo ha tenido todo en la vida, hijo de un empresario exitoso que para «curtirlo» lo ha obligado a trabajar «como uno más» en una de las muchas empresas que posee.

De repente, el espacio se me hace demasiado pequeño y el roce de sus piernas en las mías me molesta.

«¿No querías príncipe azul? ¡Pues toma!», grita una molesta voz en mi

mente. Con disimulo, miro el móvil y veo que tengo algunas visitas a mi perfil de él, de mi maldito sapo que no deja de molestarme dentro de la cabeza con su croar insistente. Echo un vistazo de nuevo a sus fotos; la verdad es que de sapo tiene bien poco, al menos físicamente, aunque luego lo estropee todo con su verborrea maleducada.

«Estoy segura de que un día vas a morir por sobredosis de *bordería*», pienso al contemplar la foto en la que sale con una Naked preciosa de color negro.

—¿Me estás escuchando, Margarita?

—Sí. —Dejé de hacerlo en el «yo» número mil; después todo fue blablablá

—. Lo siento, un mensaje de mi amiga, no se encuentra bien. ¿Qué decías?

—Que no tienes que preocuparte por no hacer clientes, es de mí de quien depende tu puesto de trabajo y, por el momento, no tengo la intención de mantenerte lejos.

La atmósfera ha cambiado a una más

íntima y personal; sus dedos acarician los míos y, sin saber por qué, el tono rosa de mis fantasías románticas con Felipe, mi perfecto príncipe azul, se torna oscuro. Hay algo en él que no me agrada. Desde luego estoy para que me encierren: toda la vida esperando a alguien como Felipe y ahora sólo puedo pensar en el tipo que me saca de quicio, sin entender por qué.

El camarero nos interrumpe y comemos en silencio. Creo que él se ha dado cuenta de que algo no va bien; está callado y no levanta la vista de su plato.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa el corazón, y decido darle conversación. Pero sus palabras, una vez más, demuestran que es un niño mimado y consentido y, de nuevo, un trozo de mi fantasía se rompe. Llega el postre, me lo tomo de un bocado y me levanto a la vez que pongo mi parte del dinero sobre la mesa para pagar la cuenta.

—Tengo que irme o llegaré tarde.

—No pasa nada, no voy a despedirte. —Sonríe inclinándose hacia atrás.

—Incluso si es así, prefiero ser como todos los demás compañeros. — Fuerzo una sonrisa y me doy la vuelta. Cuando alcanzo la calle, el aire fresco azota mi rostro y es como una inyección de vitalidad, como si de nuevo pudiese respirar. Camino con paso ágil hasta la oficina, me encierro en mi cubículo y paso las horas que quedan con la nariz metida en la pantalla del ordenador y haciendo llamadas sin parar.

La quinta llamada de la tarde tiene éxito y, con lágrimas en los ojos, cierro un contrato con una señora muy agradable. Al acabar la jornada, llego a casa con una sonrisa de oreja a oreja y me encuentro a Grisela preparándose para salir.

—¿Vas a salir?

—Vamos a salir —puntualiza.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Al mismo pub de la otra noche, he
quedado con el Capitán.

—¿En serio? ¡Tienes que estar de
broma!

—No, y tú vienes.

—¿Qué?

—Que te vienes; va a venir tu Iron
Man también.

—No.

—¿No?

—No, no quiero.

—¿No querías venganza?

—Ahora no estoy tan segura.

—Siempre igual de cortarrollos. A
ver, ¿cómo va la aplicación? —pregunta
para cambiar de tema.

—No lo sé, no la he mirado. —En
ese momento un pitido me avisa de que
ha llegado un mensaje. Al mirar, no
puedo creerlo... ¡es él!—. Me ha escrito

—balbuceo, pasándole el móvil a
Grisel, que lee en voz alta.

Iron Man: Sácame de la duda. Una de dos: o
eres muy tímida o te gustan mis fotos.

—¿Has visto? ¡Lo sabía! Sabía que

con esa foto y ese *nick* iba a picar. —Su sonrisa se hace más amplia y me muestra la pantalla para que compruebe, por mí misma, lo que ha dicho.

—¿Y qué hago ahora?

—Primero le contestamos, después te vas a poner *es-pec-ta-cu-lar* para que se le caiga la baba.

—Como si eso fuera posible —
murmuro.

—¿Cuándo vas a entender que eres una mujer preciosa? Venga, vamos a contestarle. Pon...

La miro expectante; no sé si me va a gustar lo que pasa por su cabecita loca, pero, entonces, se me ocurre la respuesta correcta.

—¡Ya lo tengo! Voy a contestarle...

«Las dos cosas».

—¡Sí, es genial!

Satisfecha, me voy a la ducha. Grisel se va a encargar de mi vestuario de esta noche. Al salir, me encuentro un vestido negro corto y unos tacones de infarto a juego. Son suyos. No sé si yo me voy a

ver bien dentro de ese modelito

descocado, sin volantes, ni flores ni

frufnú.

—Ven, vamos a meterte aquí dentro.

Se le va a poner dura nada más verte.

—Eres más...

—No, no lo soy; sólo quiero hacer

que se arrepienta de cada una de las

palabras feas que dijo de ti. Ahora se

las va a tener que tragar a palo seco.

—Está

bien

—claudico—.

Colócame la funda, digo, el vestido.

La verdad es que, cuando me miro

en el espejo, después de pasar por el

taller de chapa y pintura, he de

reconocer que mi amiga ha hecho un

trabajo de matrícula de honor. ¡No

parezco yo! Estoy... ¿estoy guapa?

—Estás preciosa —dice adivinando

mis pensamientos.

—Sí, lo parezco al menos.

—Vale, ahora vamos al pub.

Llegamos al local y, al entrar, vemos

que sólo está el Capitán. Después de saludarnos y de un par de intentos fallidos por excusar la tardanza de su amigo, decidimos pedir algo de beber. Incómoda, me disculpo para ir al baño y, así, dejarlos solos. En realidad, no sé si me voy a quedar mucho rato si el borde no aparece, no quiero estropearle la cita a Grisel haciendo de candelabro.

—¿Siempre pides ron? —pregunta el Capi cuando vuelvo.

—Sí, me recuerda a nuestra tierra.

—A Iron también le gusta el ron —
puntualiza el Capitán, dirigiendo la mirada hacia el frente.

Al principio no lo entiendo, pero, entonces, mi mirada se posa un instante en un príncipe, aunque oscuro, que se acerca hasta mí. Sin entender qué me pasa, siento un malestar extraño en el estómago y algo raro entre mis muslos. Está guapísimo, todo de negro y con su aspecto de chico malo; de repente me dan unas ganas tremendas de atraerlo hacia mi luz...

—Hola —saluda al llegar, sin

quitarme el ojo de encima.

—Hola —contesto con desgana; aún

estoy dolida por el trato que me dio.

—¡¡Guau!! ¡¡Qué efusividad! —

bromea y sonrío Grisel, metiendo

cizaña.

—Me alegra ver que has aparcado la

falda de bailarina —exclama mirándome

de arriba abajo.

—Sí, al lado de tu malhumor; ah, no,

espera,

que

ése

lo

llevas

permanentemente pegado a la cara.

—¿Vamos a empezar otra vez?

Tengamos la fiesta en paz, ¿te parece?

—Eres tú el que ha comenzado.

—Pero... si te he echado un piropo.

¡Joder, a las tías no hay quien os

entienda! Olvídalo.

—¿Eso ha sido un piropo? ¿Y de

qué libro *chupiguay* para ligar lo has

sacado?

— ¿*Chupiguay*? Y tú, ¿de qué cuento

has salido?

—No sé de cuál he salido, pero

tengo claro que he ido a meterme en el

del ogro con cara avinagrada.

—El vinagre es bueno para las

heridas. Y, si no te gusta, ya sabes: con

no mirarla, asunto arreglado.

—Eso está hecho, no la miraré más.

Me

voy,

Grisel

—anuncio

y,

encarándolo de nuevo, hago como que le

cuelgo el teléfono, sonriendo para

molestarlo más. Él mira al Capitán y

después me suelta:

—¿Todo

esto

por

una

puta

comisión? Está bien —dice cogiéndome

del brazo, impidiendo que me vaya—,
empecemos desde el principio. ¿Qué me
dices? ¿Me concedes cinco minutos?

—Tres, tienes tres minutos. Y no, no
es una puta comisión, es... —guardo
silencio, no tengo claro qué decir. «¿Por
qué, Marga?»

—De acuerdo, acepto. Pero los dos
pondremos de nuestra parte, por
nuestros amigos —susurra en mi oído,
señalándolos con un leve movimiento de
cabeza—. ¿Estás dispuesta?

—Dispuesta, ¿a qué, exactamente?

—Está muy cerca de mí. De repente su
aroma me envuelve; es picante, como él.

¿Se está acercando más o son mis
ganas?

—A poner de nuestra parte para que
ellos puedan...

—Sí, lo haré por Grisel —accedo en
voz baja. De pronto el momento ha
pasado y siento que un frío penetrante
me recorre, logrando que el vello se me
erice. No sé en qué estoy pensando,
sigue siendo... Da igual, no es mi

príncipe. Debería haber quedado con

Felipe.

Todo se tensa a nuestro alrededor.

Grisel me mira suplicante para que me quede, pero es que me saca de quicio de una manera que no soy capaz de comprender ni de controlar. Lo mejor va a ser que los deje a solas y no les amargue la cita, pues, para amarga, ya hay bastante con la mía.

CAPÍTULO 8

Chema (alias Iron Man y,

de momento, también alias

Sapo Verrugoso)

Tengo que poner algo de mi parte o el Capitán me las va a hacer pagar. Acepté venir por él y no puedo echarlo todo a perder. Aunque en realidad es él quien está en deuda conmigo, ya que aguantar a esta tía se me hace cada vez más insoportable. Quizá, y sólo quizá, pueda lograr sacar de ella algo más que las uñas.

—De acuerdo, comencemos desde el principio —claudico tras un hondo soprido y, alargando la mano, añado—:

Soy Chema.

—Marga —murmura respondiendo al saludo. Pero, una vez que nos cogemos de la mano, tiro de ella para robarle dos besos. Quiero comprobar una cosa.

—Encantado, Marga. —Estoy en lo cierto. Sigue oliendo a azahar. Me encanta ese olor.

—Igualmente —balbucea mientras

me pego para rozarme con sus erguidos
pechos, que me apuntan sin pudor. La
estoy haciendo suspirar y eso me gusta.
¡Si es que soy irresistible cuando me lo
propongo!

—Cierta persona me ha concedido
tres
minutos,
así
que
voy
a
aprovecharlos yendo directamente al
grano. Ese vestido es... —No puedo
acabar la frase; mi vista se centra en sus
acentuadas curvas y en cómo la prenda
se ciñe a su cuerpo. Se me pone tiesa
con sólo imaginar lo que esconde y lo
que haría con él.

—¿Negro? —pregunta sonriendo y
levantando las cejas.

—¡Joder, eso ya lo sé! —Me acaba
de cortar el rollo de un plumazo y cierta
parte de mi cuerpo se ha encogido del
disgusto—. Me refería a... ¿Sabes qué?

¡A la mierda los tres minutos! Yo también tengo que cargar contigo, ¿sabes? Sólo iba a decir que ese vestido te hace un cuerpazo.

—Gracias.

—¿Esto es todo? ¿No me rebates?

—Bueno, no es todo. Tú también estás genial esta noche —confiesa con una coqueta sonrisa.

—¡Gracias!

—digo

mirándola

fijamente a los ojos. Por primera vez veo amabilidad en su cara y, para mi asombro, descubro que me gusta.

—Entonces, al Capitán le gusta Grisel, ¿no? —pregunta dirigiéndose a la barra y volviéndose para que la acompañe.

—Creo

que

es

mutuo.

¿Me

equivoco?

—No, no te equivocas. Me ha
obligado a acompañarla. —Vuelve a
sonreír. Me gusta esa sonrisa.

—¡Vaya par de dos! Nos han
convertido en alcahuetes.

—Sí, supongo —afirma echándose
el pelo a un lado, un gesto que me pone
en una mujer.

—¿Has venido a Madrid para
quedarte?

—No lo sé, depende.

—Espero que no sea de tus
comisiones, ja, ja, ja.

—Ríete cuanto quieras, pero sí
depende de eso.

—Perdona, pero me lo has puesto a
huevo. ¿Aceptas un consejo?

—Según.

—No deberías mostrarte insegura, al
contrario. Deberías dar a entender que tu
compañía es la mejor y que no dejas de
cerrar ventas.

—Para eso tendrían que dejarme
hablar o concederme más de cinco
minutos. Lo siento, me lo has puesto a

huevo.

—Ja, ja, ja. Eso ha estado bien.

¿Quieres otra copa?

—Sí, la verdad es que la necesito,
después del día que he tenido.

—¿Qué tomas?

—Ron con cola.

«¡Vaya, va a resultar que tenemos
más de una cosa en común!», pienso
mientras pido las bebidas al camarero,
que rápidamente nos atiende.

—Hoy he conseguido un cliente —
anuncia, sonriendo orgullosa.

—¡Enhorabuena! Brindemos por ello

—propongo entregándole su copa para
chocarla con la mía.

—¡Por los nuevos comienzos! —

Otra vez esa sonrisa.

De soslayo, veo cómo el Capitán y
Grisel se besan sin pudor en la mesa
donde los dejamos hace un rato. ¡Por lo
menos alguien va a mojar esta noche!

—Y tú, ¿a qué te dedicas? Porque no
sois militares, eso está claro.

—¡Vaya! ¿Se ha notado?

—Un poco.

—Lo cierto es que nunca hemos
tenido que desmentirlo.

—¿Y eso? ¿Nunca se han dado
cuenta?

—No, ja, ja. Es que nunca hemos
repetido cita. Contestando a tu pregunta,
el Capitán tiene una empresa de
mudanzas y yo soy el segundo de a
bordo.

—Vaya... así que, de mudanzas, ¿eh?
Hoy un tipo cargado de cajas me ha
derribado al salir de una zapatería.

—Sí, ha sido Aarón.

—¿Aarón?

¡Mierda, no tendría que haber dicho
nada! Ese vestido me despista más de lo
que quisiera.

—Hoy hemos hecho dos mudanzas.

Algunos se han encargado de una
zapatería y otros teníamos...

—¿Cómo sabes que ha sido él?

—Lo sé, dejémoslo ahí. —Paso de
decirle que la vi. ¡Joder, podría ser
tonta y ahorrarme este mal trago!

—¿Y te ha dicho tu amigo que casi me caen toneladas de cajas encima?

—¡No eran toneladas! Y él no podía verte. Además, según tengo entendido, no te ha pasado nada.

—Sí, gracias a Felipe, que me salvó.

—¿Felipe? ¿Te dio tiempo a saber su nombre mientras te cogía por detrás?

¡Menuda rapidez! —¡Joder, ahora el tonto parezco yo! ¿Qué cojones me pasa?

—La verdad es que fue todo como de cuento: primero me salvó y luego descubrí que trabaja en mi oficina. — Vaya, no necesitaba saber eso—. Es todo un caballero.

—¿Caballero por estar en el sitio adecuado en el momento oportuno?

Venga, no me hagas reír.

—Ríete si quieres, pero sí que lo es.

No como tu compañero, que, si no llega a ser por él, ni se hubiera disculpado.

—¿Acaso le dio tiempo a hacerlo?

El señorito trajeado se apresuró a exigirselo.

—¿Cómo sabes que iba trajeado?

¡Mierda, otra vez cagándola!

—Ese tío no hizo nada que cualquiera en su situación no hubiese hecho.

—Yo no estaría tan segura de eso, pero de lo que sí lo estoy es de que tengo que estarle agradecida a tu compañero, pues, gracias a él, Felipe me agarró entre sus brazos y me salvó.

—¡Por lo que veo, aún no has salido de los cuentos! —Me está poniendo negro.

—No, ni quiero hacerlo. Después me llamó a su despacho y... casi me besa. Y más tarde me trajo flores y me invitó a comer.

¡Ese tío es gilipollas!

—Eso os vuelve locas a las tías.

Sois todas iguales —suelto antes de pedirme otra copa. Tengo sed, mucha sed. O mala hostia. O ambas cosas.

—Nos vuelve locas porque lo que abundan son los sapos y no los príncipes.

¡Es para matarla!

—Mira, no sé exactamente qué edad tienes, pero no deberías creer en cuentos ni en chorradas de ésas, porque es lo que son: chorradas. Los príncipes existen, sí; viven en sus palacios, repartidos por toda Europa y, para tu información, ya están pillados. Hazte un favor y baja de una vez de la nube; sal del cuento, Caperucita, y entra en el mundo real. Los tíos normales somos eso: normales. ¿Acaso te crees una princesa? Eres tan normal como lo soy yo, de carne y hueso. Aunque, por lo que veo, mucho más ilusa e infantil de lo que me esperaba.

—¡Esto no funciona! ¡Lo siento, pero me voy! —exclama con los ojos bañados en lágrimas.

Vale, igual me he pasado, pero esta tía me desquicia y me pone a partes iguales.

—¡Claro que no va a funcionar, mientras vivamos en mundos distintos!

—digo agarrándola del brazo para

impedir que se marche y me deje con la palabra en la boca. O porque no quiero que se vaya; ya no lo tengo muy claro—.

¿Quieres vivir la realidad? ¿Quieres saber lo que te pierdes en tu mundo de fantasía?

—¿Quién me lo va a mostrar? ¿Tú?

Su mirada furiosa retándome a escasos centímetros de mi cara acaba de despertar a la bestia que llevo dentro...

y, sin pensármelo dos veces, la empotro contra la barra y, cogiéndole la cabeza con una mano, la acerco hasta mí para besarla con vigor, rabia y deseo.

Su olor penetra con fuerza por mis fosas nasales, que conjuga a la perfección con el fresco sabor de su boca. No puedo parar. Mi lengua devora con ansia la suya. La estrecho aún más contra mí para que sienta mi erección.

Quiero que sepa lo mucho que me pone, lo mucho que me gustaría follármela aquí mismo, hacerla mía. Quiero que sepa de lo que es capaz un hombre de verdad y no un puto príncipe de cuento.

La aprieto todavía más. Mi polla late y arde al sentir su cuerpo. Me froto al tiempo que la abrazo con más fuerza. No quiero que entre nosotros haya la más mínima distancia.

Ladeo la cabeza y sigo besándola

con

rudeza

sin

un

atisbo

de

caballerosidad. Su pelo rubio se enreda

en mi mano, que sujeta con fuerza su

nuca. ¡Joder, qué bien sabe! Me vuelvo

loco pensando en lo que sería capaz de

hacer con ella. ¿Qué coño me está

haciendo? La deseo como nunca he

deseado a ninguna tía. El morbo me

puede y abro aún más la boca. No

quiero perderme nada. Quiero sentir

todo su jugo. Mis labios conquistan los

suyos, envolviéndolos con posesión y

dominio.

Pero, de pronto, siento cómo sus

manos se posan en mi pecho y me empuja enérgicamente, obligándome a separarme de ella.

—¡Me has besado! ¿Cómo te atreves? —suelta furiosa, apretando los puños y dedicándome una oscura mirada antes de marcharse del local.

No entiendo nada. Me quedo petrificado durante un instante, el que ella tarda en alcanzar la puerta y salir a la calle.

—¡¿Qué coño le has hecho?!! — pregunta Grisel, que llega hasta mí hecha una furia.

—¿Qué quieres decir? Ni que hubiese matado a alguien.

El Capitán se une a nosotros con cara de pocos amigos. ¿Qué demonios les pasa a éstos también?

—Al final va a ser verdad que eres un gilipollas con toda la cuerda dada. ¡La has besado! ¡No puedo creerlo! Me voy, tengo que comprobar cómo está.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —me quejo mosqueado. Ya me

están tocando las pelotas—. ¿Qué hay de malo? Vosotros también lo habéis hecho y no soy yo el que está casado.

—¡Serás

mamón!

—espeta

Fernando.

—¡No lo entiendes, no era un beso

más! ¡Era su primer beso!

—¡¡¡¿Qué?!!! —Eso sí que no me lo

esperaba.

—¡Gracias por cortarnos el rollo!

—Gracias, tío —insiste mi jefe.

—¡Joder, lo siento, chicos!

—A ver cómo arreglo esto. Nos

vemos, Capi —dice a mi amigo dándole

un beso como Dios manda, aunque no

tan intenso como el que le he dado a

Marga antes de la gran estampida y de

convertirme en el ser más odiado del

planeta—.

Adiós

—me

suelta

dedicándome una asesina mirada, justo

antes de marcharse para ir corriendo

tras su virginal amiga.

—¿Te lo puedes creer? ¡Su primer beso!

—Tío, me has jodido el plan. La tenía a punto de caramelo.

—Lo siento por ti y lo sabes, pero yo no lo sabía o te juro que no hubiera sido tan...

— *Tan*, ¿qué?

—Joder, tío. Si hasta le he tenido que hacer daño con el beso que le he dado.

—Pero ¡qué bestia eres!

—Hazme un favor, no me vuelvas a meter en tus citas.

—¿Primero me cortas el rollo y ahora me dejas tirado?

—Confía en mí. Será mejor que no vuelva a verla.

—¿Temes por tu integridad?

—No. Temo por ella —afirmo

tocándole

el

hombro,

antes

de

encaminarnos hacia la calle y salir del pub, al que, a partir de esta noche, miraré con otros ojos.

Quince minutos más tarde, estoy en casa quitándome la ropa y las botas y acostándome en la cama. Han pasado muchas cosas en las últimas horas y todas relacionadas con la rubia canaria, alias Doña Clavel, Doña Flor y ahora convertida en la mismísima Virgen María. ¿Cómo no me he dado cuenta?

¿Estaré perdiendo facultades?

Harto de pensar en ella e incapaz de lograr quitármela de la cabeza, cojo el móvil en busca de cualquier distracción.

En la parte superior de la pantalla veo varios mensajes de la aplicación. Los leo y contesto casi todos; es siempre más de lo mismo. Pero, en el último de ellos, me paro más de lo debido: es MISSteriosa, que me ha contestado «Las dos cosas».

«Así que eres tímida y te gustan mis

fotos. ¡Joder, mi cupo de tímidas está cubierto por hoy!»

Hastiado de pensar siempre en lo mismo y de no salir del círculo vicioso en el que me veo metido, decido dejar el móvil sobre la mesilla, apagar la luz y, esta vez sí, desconectar de todo y de todas para masturbarme, de nuevo, como unas horas antes hice en la ducha.

CAPÍTULO 9

Marga (alias MISSteriosa, y

de momento también alias

Doña Flor)

Las lágrimas, que no he podido retener más, surcan mi rostro dejando tras ellas la piel húmeda y salada. No puedo evitar que el momento beso se repita en mi mente una y otra vez, una y otra vez... sin cesar. ¡Es un maldito sapo que lo ha arruinado todo!

Mis dedos tiemblan por la ira que me envuelve en este instante; siento cómo me llena y cómo quiere salir y golpear algo o, mejor dicho, a alguien, mientras acaricio mis labios, inflamados

por el beso que han recibido. Y vuelvo a estremecerme. Quiero creer que es por la noche fresca, por la rabia que ahora mismo gobierna mis instintos, pero no, la rabia me consume porque ese jodido cabrón me ha dado mi primer beso. ¡El primero! Ese que tenía guardado para alguien especial y un momento único, y que ha llegado brusco y sin esperarlo.

Nada de miradas tímidas pidiendo permiso, nada de roces de nariz, nada de un suave aleteo en los labios. ¡No! Tenía que ser tan bruto como es él; me ha besado de una manera... de una manera...

¡Ni siquiera tengo una palabra en mis registros para describirlo!

Llego a casa y abro la puerta; al cerrar, le doy con tanta fuerza que la tabla de madera cruje y protesta por la presión. ¡Me da igual! Esta noche estoy... estoy destrozada; sé que a lo mejor la gente no puede entenderlo, pero es que era mi primera vez.

Trato de calmarme; no tiene sentido que siga llorando como una niña

pequeña, ya ha sucedido y no hay
marcha atrás, me ha robado esa única
oportunidad de hacer ese momento
memorable. Ahora el recuerdo que
perdurará en mi mente será el de sus
manos agarrándome con fuerza, su boca
sobre la mía, su lengua llenándome de
un sentimiento desconocido... de nuevo
esa maldita sensación entre mis piernas.
¡Lo odio!

La puerta se abre y, sorprendida,
veo entrar a Grisel. Está seria y, cuando
ve el estado en el que estoy, tan sólo
abre los brazos y corro a meterme entre
ellos; es lo más parecido a una hermana
que he tenido nunca y su abrazo me
reconforta. Llora durante un rato, hasta
que noto que los ojos me escuecen por
tanta sal.

—¿Vas a seguir llorando por los
siglos de los siglos? —pregunta tratando
de sonar divertida.

— Supongo que no —contesto
hipando.

—Vamos, no es para tanto, ¿verdad?

—Supongo que no debería, pero,

para mí, lo era.

—A ver, Marga: ya sé que sueñas

con que el primer amor de tu vida sea

parecido a un cuento de hadas, pero la

vida real no es así.

—Me recuerdas a él, me ha dicho

algo parecido.

—Me

gusta

Chema,

te

hace

diferente...

—¡Me hace estar cabreada y decir

tacos!

—Sí, algo así. Te hace ser menos

chupi y ser más *guay*. —No puedo creer

lo que escucho y le lanzo el cojín del

sofá, sonriendo.

—¿Sí? ¿Crees que me hace menos

chupi y más *guay*?

—Creo que él saca una parte de ti

que ni siquiera sabes que existe.

—No lo sé, quizá tengas razón y soy

demasiado ilusa, pero, mira, ¡hoy he

conocido a Felipe!

—¿Felipe?

—Estaba mirando un bolso en un escaparate de una zapatería, cuando un tipo cargado de paquetes salió de la tienda y me golpeó. Cuando pensé que iba a darme contra el suelo, unos brazos me sostuvieron y me encontré con él.

—¡Vaya! Eso suena muy... tú. ¿Era guapo?

—Es guapo, rubio, ojos azules, educado... Me ha traído flores a mediodía y me ha invitado a salir a comer.

—¿Y eso?

—Resulta

que

trabaja

en

mi

empresa, es el que lleva recursos

humanos.

—Pues sí que es una coincidencia.

—Creo que es el destino.

—Pero ese destino del que hablas,

¿te humedece las piernas y te desboca el corazón?

—Todavía no.

—Creo que, en realidad, lo que te pasa es que te gusta Chema.

—¿El sapo? ¡Estás loca!

—No lo estoy, sólo creo que te pone Chema y, como no es lo que te gustaría, te cabrea.

—No, estás equivocadísima, y eso no es nada *chupiguay*.

Al oírme decir eso, Grisel arquea una ceja y sonrío en plan madre que no sabe qué hacer con su hija, pero que se lo perdona todo, y cabecea.

—Bueno, ¿y tú? Parece que el Capi te gusta.

—Sí, mucho; sólo hay un pequeño problema.

—¿Cuál?

—Está casado.

—¿Qué?!

—Está planteándose dejar a su mujer.

—Y luego la que cree en cuentos de hadas soy yo. ¡Vamos, Grisel! ¡Hasta yo sé que eso nunca sucede!

—Le creo; no es feliz y su mujer no le hace caso. Me huele a que ella encontró a otro y a mí él me gusta de verdad.

—Haz lo que quieras, ya sabes cuál es mi opinión: si de verdad le interesas, que la deje primero, pero eso de tener otra antes de decidirse... no me gusta.

—Vaya par de dos, ¿eh?

—Estoy agotada, me voy a dormir.

Mañana no pienso salir de casa en todo el día.

—Buenas noches.

—Hasta mañana.

Entro en mi habitación, me quito la ropa y me pongo el pijama; las sábanas son suaves y me gusta la sensación de calidez que transmiten. Cansada por la llantina y con los ojos hinchados, me dejo seducir por el siempre apuesto Morfeo, que no está dispuesto a perder una batalla.

Unas manos masculinas, suaves y
cuidadas, rodean mi cintura con
delicadeza; noto cómo acarician con
suavidad las curvas de mi cuerpo, cómo
se deleita en ellas. Su mirada azul se
clava en la mía. Sonríe y me hace
sonreír; me gusta sentirlo cerca, me da
la paz a la que estoy acostumbrada. Su
nariz roza la mía y su boca se acerca
despacio. ¿Quiero que me bese? No lo
sé... no sé si quiero que me bese.

De repente la atmósfera cambia,
todo es oscuro y una música estridente
suena de fondo. Su cuerpo se acerca, su
calor traspasa mi ropa y hace que sienta
que mis huesos van a fundirse; antes de
poder preguntar quién es, su boca está
sobre la mía. Me besa con pasión, con
una intensidad que no creía que
existiera, y hace que mi cuerpo tiemble
de deseo. Su lengua juega con la mía,
mezclando nuestros sabores, creando un
nuevo sabor, único, uno que nos
pertenece a ambos.

Jadeo al sentir sus manos por mi

cintura, apretándome contra su pecho firme, dejando que note el deseo que crece entre sus piernas por mí, para mí...

Alzo la mirada y me encuentro con su rostro, el de la persona que odio... ese que me saca de mis casillas y que me ha robado mi primer beso. Grito, pero el sonido no se oye.

Deseo decirle que se aleje y en ese momento su boca se adueña de la mía; me besa con tal intensidad que todo queda relegado al olvido. Sus manos me acarician con desespero, su lengua se apodera de la mía, su sexo clama por más. Puedo notar mis piernas húmedas y mi sexo caliente. Es como un volcán a punto de explotar. No deja de besarme, no dejo de sentirlo por todo mi cuerpo. El hambre que nace en mi vientre hace que pierda la razón; sólo quiero tenerlo dentro, en ese lugar vetado para todos, excepto para él.

Sus manos se cuelan bajo la fina tela de la ropa que llevo y antes de darme cuenta ha abierto mis piernas y pasea

sus dedos entre ellas, cerrando los ojos
y disfrutando de la sensación que mi
humedad le provoca. Alza la mirada y
ahoga un gruñido salvaje, animal. Saber
que provooco eso en él hace que me
vuelva más ruda y mis manos acarician
su fuerte abdomen, paseándose morosas
por sus músculos definidos. Él apenas
puede abrir los ojos; permanece con
ellos cerrados, disfrutando de las
caricias. Su sonrisa, lobuna, lo hace más
atractivo y, sin poder contenerme, le
susurro, al oído: «Te he estado
esperando toda mi vida, hazme tuya».
Las palabras lo hacen reaccionar: se
levanta con agilidad y me alza en vilo.
Sin pensarlo, me suelta sobre el alfeizar
de la ventana y baja mis bragas, que tan
sólo son un trozo de tela empapada; las
arroja sin importar dónde y se cuela
entre mis piernas. Su boca besa mi
cuello y mis hombros con suavidad, a la
vez que me quita la sutil camisa que me
cubre;
mis

pezones

se

yerguen

anhelantes, esperando su turno, que no

se hace esperar. Su boca se posa en

ellos y los lame y acaricia con los

labios, volviéndome loca. Mi cuerpo

deja de pertenecerme y ahora tiene otro

dueño, ese hombre que logra hacerme

perder el control.

—¿Estás lista? —murmura todavía

con la boca sobre mis senos.

—Sí. —Percibo mi voz velada por

el deseo.

Su miembro queda expuesto y mis

ojos se abren un poco, sorprendidos. Se

acerca hasta mí y el contacto de su suave

piel sobre la mía es... maravilloso. Su

boca vuelve a la carga y sus manos me

enloquecen y me hacen sentir que voy a

arder, que voy a estallar en cientos de

trozos. En ese preciso instante en el que

no puedo aguantar más la tensión y creo

que me voy a romper, me penetra y llena

de vida, de pasión, de ardor.

Se mueve en mi interior y es ahí,

justo ahí, donde quiero que esté.

Nuestros cuerpos se entrelazan, y los

jadeos y suspiros lo llenan todo a

nuestro alrededor. Cierro los ojos, presa

de una sensación que no puedo

controlar; sus movimientos se aceleran y

logran

que

grite

su

nombre

acompañando la explosión que tiene

lugar en mi cuerpo. Los gritos hacen que

no pueda oír nada más que los suyos

entremezclados con los míos y el latido

desbocado de mi corazón.

Abro los ojos y puedo escucharme

jadear sin control, tengo las bragas

empapadas y las piernas me tiemblan.

¿He tenido un sueño erótico? Podría

ser... ¿hay manera de clasificar los

sueños según su intensidad?

¡Vaya tonterías que pienso! Me

vuelvo a tumbar en la cama, cierro los

ojos y pongo la almohada sobre mi

rostro

para

que

mi

respiración

escandalosa no altere a Grisel. No

puedo creer que haya soñado con él,

pero, aunque quiera mentirme, la verdad

es que me ha pasado en el sueño igual

que en la vida real: con Felipe, a pesar

de ser el perfecto caballero, no sentí ni

la mitad de cosas que con Chema. No

todas fueron buenas, pero la verdad es

que él desata en mí una ira que no puedo

controlar.

A pesar de todo, tengo que admitir

que me gusta y, por eso, lo odio aún

más. Y puede que no sea capaz de

plantarle cara en persona, pero tengo

una baza que él desconoce: yo sé quién

es en la página de contactos, pero él no

tiene ni idea de quién soy yo.

Sonriendo al saber que tengo el

control de algo en mi vida, ya que

parece que, cuando está él, no tengo ni pizca, me duermo.

El sol entra por la ventana, perezoso, igual que me siento yo. Me levanto y me voy de cabeza al baño. No sé qué he vuelto a soñar, pero tengo las braguitas tan mojadas que parece que me he orinado en ellas. Al verme en el espejo, casi grito de la impresión. Mi melena está hecha un asco y los ojos los tengo todavía inflamados y enrojecidos. Intento relajarme bajo el agua caliente y no pensar en Chema, pero es que no puedo quitármelo de la cabeza y eso me cabrea. Mucho.

Desayuno con Grisel, que sonrío pendiente del móvil.

—¿El Capi?

—Sí; quiere que nos veamos esta noche otra vez —me anuncia mientras me mira esperando que le dé una respuesta.

—Lo siento, pero no estoy de humor.

No me apetece salir esta noche; voy a quedarme, comerme un cubo de helado

con trozos de cookies y ver una peli de las de llorar.

—¡Vamos! ¡No puedes hablar en serio! ¡Sólo fue un beso!

—Sí, sólo un beso, pero no me apetece salir, en serio.

—Está bien; si prefieres quedarte sola, allá tú.

La mañana pasa volando, entre ordenar y limpiar un poco la casa y hacer la comida. Después vemos una peli y nos echamos una siesta. Antes de darme cuenta, Grisel ya se está arreglando para salir.

—Todavía estás a tiempo, ¿seguro que no quieres venir?

—No, de verdad, gracias.

—De acuerdo, hasta mañana. —Se despide dándome un beso en la mejilla.

¡Por fin sola! Me levanto, me hago un sándwich, de pavo y queso, y me dispongo a olvidarme de todo. Pongo la tele y empiezo a vagar por los canales en busca de alguno en lo que me apetezca quedarme.

Bajo el volumen y cojo mi tarrina de helado de chocolate a la vez que meto una bolsa de palomitas en el microondas. Me siento en el sofá, me quito las zapatillas y coloco las piernas sobre un puf. Meto la cuchara en el helado y, cuando voy a saborear el dulce en la boca, el móvil hace ruido, avisándome de que me ha llegado un mensaje de la página de contactos. Es de él. Ha tardado en contestar y me sorprende que esté en casa un sábado por la noche. ¿Acaso no ha salido? Me asombra que no tenga una cita con alguna tipa dispuesta a dejarse martirizar. Releo lo que hay hasta ahora

y siento un pellizco en el corazón.

Iron Man: Sácame de la duda. Una de dos: o

eres muy tímida o te gustan mis fotos.

MISteriosa: Las dos cosas.

Iron Man: La segunda la puedo llegar a

entender, pero la primera... ¿se te ocurre algo para

que podamos ponerle remedio?

«¿La segunda la puedo llegar a

entender?» ¡Será creído! Hoy no tengo

el día para esto; todavía noto el sabor de

su boca y mis labios aún están

inflamados por el beso. No voy a dejar

que se salga con la suya. Yo también

puedo ser igual de engreída que él.

Decido contestarle y devolverle algo de

su propia medicina.

MISteriosa: Se me ocurren muchas cosas.

—¡Chúpate ésa! —grito, y me meto

la cuchara de helado de chocolate en la

boca.

Iron Man: Sorpréndeme, me gustan las

sorpresas.

Me gustan las sorpresas... me gustan

las sorpresas... Ahora verás...

MISteriosa: Todavía no me gustas tanto como

para que me apetezca sorprenderte, antes tendrás que ganártelo.

Iron Man: Pues... tendré que ponerle remedio a eso también.

MISSteriosa: ¿Y cómo vas a hacerlo?

Iron Man: Pues, para empezar, no te voy a preguntar tu nombre, sé que no me lo dirías. ¿Te parece que empecemos por las aficiones? Quizá deberíamos saber si tenemos alguna en común.

¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba; parece que quiere hablar de algo que no sea de lo real y perfecto que es...

¿Tendremos algo en común?

MISSteriosa: Has acertado; si te dijese mi nombre, ya no sería MISSteriosa y... me pone el misterio. ¿Aficiones? Deseo aficionarme a ti, pero eso depende de cómo juegues tus cartas.

Iron Man: Te advierto de que no me la juego si es a dobles parejas o un trío. Soy más bien de póquer.

MISSteriosa: Me gustan los hombres decididos a ganar, pero me pregunto... ¿qué estarías dispuesto a arriesgar para conseguir el premio?

Iron Man: Tú lo has dicho, depende siempre del premio.

MISSteriosa: Ése será un MISSterio que

tendrás que desvelar, ¿te ponen los retos?

Iron Man: Mucho, y los MISSterios también. Se

me ocurre una cosa. Tres preguntas cada uno. El

reto consiste en decir la verdad, ¿juegas?

Esto se pone interesante, ¿por qué

tiene que engancharme a todo? Si es un...

¡argggg! Sigo furiosa; de nuevo me atrae

lo que me da, a pesar de que no me gusta

reconocerlo.

MISSteriosa: Antes de aceptar, dime cuáles son

las reglas.

Iron Man: Libertad para preguntar y obligación

de contestar la verdad. Aunque parezca sencillo,

puede ser duro. No hay opción a mentir.

MISSteriosa: ¿Cómo sé que vas a jugar limpio?

Has dicho que no te gusta perder...

Iron Man: Ja, ja, ja. Chica lista. Vas a saber

algo más de mí: no me gusta el juego sucio. Espero

no equivocarme contigo y estar apostando por el

caballo ganador.

MISSteriosa: Está bien. Acepto. Empieza el

reto.

Iron Man: Bien. ¿Tu mayor defecto?

¿Mi mayor defecto? Es triste, pero

mi mayor defecto es a la vez mi esencia.

Me pongo triste al recordar que él va a estar ligado a un recuerdo para siempre, uno que yo deseaba que fuese especial.

MISteriosa: Creer en el amor.

Iron Man: ¡Vaya! Pensé que eso, en las mujeres, era una virtud. He de reconocer que me has sorprendido. Dispara.

MISteriosa: ¿Qué es lo más importante en tu vida, aparte de tu ego?

Iron Man: Mi moto y, en cuanto al ego, es como mi sombra, va conmigo a todos lados; es... mi guardaespaldas.

MISteriosa: Lo sé, tu ego traspasa el teléfono.

Iron Man: Me gustan las cosas claras, así no doy lugar a malos entendidos ni doy pie a confusiones. ¿Supone eso un inconveniente para ti?

MISteriosa: No, lo que no logro entender es cómo un tío tan seguro de sí mismo necesita un... guardaespaldas. ¿A qué tienes miedo?

Iron Man: Joder, me estás haciendo pensar en la respuesta... me gusta. Paso de sufrir por amor.

MISteriosa: ¿Al hombre de hierro le da miedo que le rompan el corazón...? Eso no me lo

esperaba.

Iron Man: Ésta es tu última pregunta, así que me explayaré con la respuesta. Fue hace cinco años. Yo hubiera dado la vida por ella, pero un día, al salir del curro antes de lo esperado, la pillé en plena calle besando a otro. Me bajé de la moto y le reventé a él la boca. Luego me denunció por agresión y, desde entonces, yo tengo antecedentes y ella está con Don Mellado. Aunque ahora soy libre.

MISteriosa: Siento oír eso, pero no todas somos iguales.

Iron Man: Me queda mi última pregunta.

¿Quieres cenar conmigo?

MISteriosa: Me encantaría cenar contigo, pero...

Iron Man: ¿Pero...? Sabes más de mí que muchos de mis amigos.

MISteriosa: Pero no creo que sea buena para ti.

Iron Man: ¿Por qué dices eso?

MISteriosa: Porque... lo siento, se te han agotado tus preguntas.

Iron Man: De acuerdo, tienes razón, el juego se ha acabado... de momento, pero averiguaré por

qué no eres buena para mí.

MISteriosa: Eso espero... Buenas noches, mi hombre de hierro.

Iron Man: Me gusta eso de «mi».

MISteriosa: Pues no te acostumbres, por si acaso.

Iron Man: Pues no me lo digas. Si me lees, es fruto de tu imaginación.

MISteriosa:

Ahora mismo, tengo la

imaginación muy activa.

Iron Man: Joder, MISS, no me digas eso. ¿Así cómo quieres que me vaya? MISS, ¿estás ahí?

MISteriosa: Estoy, pero no voy a contestarte más.

Iron Man: Hasta mañana, juguetona.

Ése es su último mensaje. Sus respuestas me han hecho darme cuenta de que quizá es así por lo que le sucedió, tal vez sólo necesite confiar.

Miro el helado, se ha derretido entero.

Ahora es más un yogur de chocolate con

trozos de galleta. De las palomitas ya ni me acordaba, deben de estar echando raíces.

Me voy a la cama; sonrío, parece que este juego lo he ganado yo.

CAPÍTULO 10

Chema (alias Iron Man de nuevo)

¡Me ha dejado con la palabra en la boca! ¡La madre que la parió! Pero me gusta, esta chica tiene algo. Miro y remiro la aplicación, los diferentes perfiles, pero no me apetece hablar con ninguna. Quiero hablar con ella, pero se ha despedido.

Suelto el móvil y me voy a la nevera a coger una cerveza. Me tiro en el sofá y zapeo con el mando. ¡Menuda mierda de programación que hay por las noches!

En realidad, a no ser que den algún partido o carrera, siempre lo es. En uno de los canales encuentro algo que me llama la atención: ¡joder, es el teletienda anunciando una falda de flores como la que llevaba Marga el otro día! Sin poder

evitarlo, recuerdo el vestido que llevaba ayer y el morreo que le di en el pub. Por un momento me machaco a mí mismo por haberle robado su primer beso, pero enseguida se me pasa al recordar lo bueno que fue. Lo cierto es que, si no llega a ser por la cara de Grisel, que me confirmó que todo era verdad, no me lo hubiese creído, pues no me pareció que fuese su primera vez, o quizá sí, pero no quise darme cuenta.

De pronto me percaté de que estoy empalmado. Pensar en ella me pone a cien, pero también me saca de mis casillas. ¿Cómo cojones puedo pensar en una tía tan cursi? Nunca me han gustado ese tipo de chicas. Cansado de martirizarme, decido largarme a hacer una de las cosas que más me gusta en este mundo: conducir mi moto.

En menos de cinco minutos estoy en el garaje con el casco puesto y metiendo la llave en el contacto. Necesito desconectar, dejar de pensar en ella y en MISteriosa. Arranco, pulso el botón

del mando y salgo dispuesto a conducir sin rumbo. La madrugada ya ha entrado y las calles de Madrid están como más me gustan, vacías... tan sólo transitadas por taxistas que recogen a gente que sale o vuelve a casa después de tomar una copa. Giro el puño de mi Honda y siento cómo el rugir me llena de multitud de sensaciones.

Esquivo

los

pocos

vehículos y acelero en las principales avenidas de la ciudad. La libertad que me proporciona y el subidón de adrenalina que me provoca logran que mi mente quede completamente en blanco y que sólo los colores de las iluminadas calles rompan esa claridad.

Más o menos a la altura del Teatro

Lope de Vega, en plena Gran Vía, me

pilla el semáforo en rojo. Unos

viandantes

que

salen

del
Hotel
Emperador
cruzan
la
calle
muy
acaramelados, besándose. Y, para mi
sorpresa, descubro que se trata de
Amelia, la mujer de Fernando. Durante
todo el tiempo que tarda en ponerse en
verde el semáforo, intento averiguar
quién es la persona que va con ella, pero
me cuesta saberlo ya que está de
espaldas a mí. El semáforo cambia de
color
y
rápidamente
pongo
el
intermitente y me hago a un lado para
poder observar mejor a la pareja. Ellos,
sin sentirse observados, entran en la
calle
San

Bernardo,

una

vía

perpendicular a la Gran Vía, y en cuanto

me es posible los sigo a unos metros de

distancia.

No sé exactamente a qué altura de la

calle, pero finalmente descubro, para mi

asombro e irritación, que se trata de

Flash, mi compañero de trabajo. Sin

pensarlo dos veces y llevado por la

furia, subo la moto a la acera para

colocarme tras ellos dando un par de

acelerones. Le pongo la pata a la moto

sin parar el motor y me bajo para

lanzarme sobre mi compañero y darle un

puñetazo con todas mis fuerzas.

—¡Eres un cabrón!! —le grito justo

antes de partirle la cara.

—¿Te has vuelto loco?! —pregunta

tirado en el suelo, echándose la mano al

labio que le acabo de romper.

—¿Qué te pasa, Flash? ¿Tan rápido

que eres y no la has visto venir? ¡Eso ha

sido de parte mía y de Fernando! ¡Tu

esposo! —le grito a ella, que ha

permanecido

quieta

y

callada

observando la escena.

Satisfecho por haber descargado

sobre él la furia que llevo dentro,

vuelvo a subirme sobre mi Honda y me

largo de allí dando acelerones y con un

único pensamiento en la cabeza: el

Capitán.

Cuando llego a casa, cojo el móvil

para llamar a mi amigo, pero entonces

recuerdo que ha salido con Grisel.

Quizá no debería haberme metido entre

él y Amelia, pero no he podido evitarlo.

Tras

meditarlo

durante

un

rato,

finalmente decido no llamarlo y dejo el

teléfono sobre la mesilla. En la soledad

de mi cuarto, rememoro el momento del

puñetazo repetidamente hasta que, con los primeros rayos del sol entrando por la ventana, consigo dormirme por fin.

El domingo me despierto a mediodía. Mi primer pensamiento se lo dedico a mi jefe y amigo y el segundo a la golfa de su mujer junto al capullo de Flash. La imagen de los dos pasa por mi mente una y otra vez, mezclada con la de mi ex y el mamón de su ahora novio.

—¡¡¡Joder!!! —grito mientras me preparo un café en la barra americana de la cocina.

Soy consciente de que Fernando se ha enrollado con Grisel, pero lo conozco desde hace años y sé que nunca antes le ha sido infiel a su mujer. Según me contó él mismo, su matrimonio no iba bien y ella siempre le ponía excusas para no acostarse con él. Ahora lo entiendo todo; ya todo cuadra.

De forma instintiva, cojo el móvil

para llamarlo, pero de nuevo me quedo

sin

fuerzas

para

hacerlo.

Mi

subconsciente actúa por mí y acabo

escribiéndole a MISteriosa.

Iron Man: Hola. ¿Estás ahí?

MISteriosa: Estoy aquí.

Iron Man: Necesito hablar con alguien y, por

alguna extraña razón, he pensado en ti.

MISteriosa: ¿Qué ha pasado? ¿Te encuentras

bien?

Iron Man: Acabo de romperle la cara a un

compañero de trabajo. No, no estoy bien.

MISteriosa: ¿Qué? ¿Qué demonios ha

ocurrido?

Iron Man: El pasado, que se empeña en formar

parte de mi presente. Anoche salí a dar una vuelta

con la moto, y pillé a la mujer de mi mejor amigo

con un compañero de curro.

MISteriosa: ¡No puedo creerlo!

Iron Man: Lo fuerte es que mi amigo es mi jefe,

y el de ese desgraciado también. Aunque, en el fondo, creo que me esperaba que su mujer lo estuviera engañando. Su relación no iba muy bien.

MISteriosa: Lo siento. ¿Se lo vas a decir?

Iron Man: Por supuesto. Es mi mejor amigo y me niego a trabajar con ese gilipollas. Nunca me ha caído del todo bien. Ninguno de los dos, la verdad. ¡Joder! ¿Por qué las tías hacéis estas cosas?

MISteriosa: A ver, las tías y los tíos. ¿O tu compañero es inocente?

Iron Man: Mi compañero es un cabrón y mi jefe, un cornudo. Los vi saliendo del Hotel Emperador y...

Se produce un silencio. Durante un buen rato ninguno de los dos escribe nada, hasta que, finalmente, me vuelvo a arrancar.

Iron Man: ¿Sabes qué? Quizá esto le venga bien a mi amigo.

MISteriosa: ¿Cómo puedes pensar eso?

Iron Man: No me malinterpretes. Ha conocido, hace poco, a una tía que le gusta bastante y tal vez esto sea lo que necesitaba. Aunque, en mi caso, me he dejado llevar y ahora...

MISteriosa: Bueno, en realidad se lo merecía.

Iron Man: No debería haberlo hecho. Si me denuncia, voy directo al calabozo. ¡Joder! Ya no te resultaré tan interesante, ¿verdad?

MISteriosa: ¿Al calabozo? No sé por qué, eso no me parece tan malo: barrotos, esposas...

Iron Man: Ja, ja, ja. Sabía que no me equivocaba al hablar contigo. Me resulta extraño, pero me siento cómodo. ¿A ti te pasa lo mismo?

MISteriosa: Sí, me pasa algo parecido. Parece que puedo ser más... yo.

Iron Man: No te cortes, por favor. Sé tú misma.

MISteriosa: Creo que has hecho algo bonito por tu amigo y que, las consecuencias que pueda acarrearle, habrán merecido la pena. Además, el tipo se lo merecía.

Sin que pueda evitarlo, una sonrisa se planta en mi cara. Hablar con ella es lo mejor que he hecho en mucho tiempo.

Pero de nuevo Doña Flor se cruza por mi mente. No quiero ni imaginar el soponcio que le hubiera dado si le hubiese contado a ella todo esto... ¡se me desmayaría del pasmo y se me caería al suelo, cual princesa de cuento, en

plan cámara lenta! «¡Quita, joder! ¡No te me vuelvas a cruzar por en medio!»

Mi mente obedece y regresa junto a MISSteriosa, que nada tiene que ver con la otra. Ésta tiene algo especial.

Iron Man: No sabes cuánto agradezco tus palabras. Tengo que quedar con él y decírselo en persona, y cuanto antes. Gracias. Gracias por escucharme.

MISSteriosa: No hay de qué. Ha sido un... placer.

Iron Man: Joder, MISSteriosa, me pones verraco cada vez que... es igual. Tengo que irme.

¿Hablamos luego? ¿Estarás conectada? Que diga que sí.

MISSteriosa: Puede. Prueba a ver.

Iron Man: Ja, ja, ja. Tú y tus MISSterios. Probaré. Un beso.

No sé qué tiene esta tía que me pone tanto. No sé por qué me siento cómodo hablando con ella, pero lo cierto es que así es. ¡Tengo que quedar con ella!

Necesito conocerla en persona. Pero ahora debo llamar a Fernando y contarle lo que ha pasado... si no se lo ha dicho

ya su mujercita, cosa que me extrañaría, pues él no ha levantado el teléfono para comunicármelo, algo que habría hecho con total seguridad.

En un arranque de fuerza, marco su número en la agenda y quedo en ir a verlo a su casa. Por su tono de voz me reafirmo en que su mujer no le ha comentado nada, aunque ahora no tendrá más remedio que hacerlo.

Tras comer un par de sobras que tengo en el frigorífico, salgo de casa en dirección a la del Capitán. En diez minutos llego y aparco en la puerta. Me tiembla todo el cuerpo. Tomo aire y llamo al timbre. Mi amigo es quien abre y, por lo mucho que nos conocemos, sabe que algo ocurre nada más verme la cara.

Amablemente me invita a pasar al salón, donde le explico todo lo que ha sucedido. Una vez que le expongo los hechos, Fernando llama a Amelia para que se una a nosotros. Pero, para mi sorpresa y la de mi amigo, ésta se

presenta con una enorme maleta y una bolsa. No oigo gritos ni reproches. De la forma más extraña posible, me convierto en testigo de cómo un matrimonio se rompe delante de mis narices sin llanto ni dolor aparente. Cuando Amelia se despide y se marcha definitivamente de la casa, Fernando deja salir el verdadero dolor que lleva dentro y rompe a llorar entre mis brazos.

Al cabo de una hora más o menos, y con mi mejor amigo ya repuesto, coge su móvil y llama a Flash para decirle que está despedido y que no se presente en la oficina hasta que no lo llame tras pasar por la asesoría. Mi, hasta ahora, compañero, acepta lo que el Capitán le dice y cuelga el teléfono sin ni siquiera despedirse.

—¿Tienes por ahí tu viejo casco? —
le pregunto en cuanto acaba de hablar con el capullo de Flash.

—Sí, ¿por qué?

—¿Qué te parece una salida de hombres? Tú y yo sobre mi novia.

—¿Tú permitiendo que monte a tu

novia?

—A ver, dicho así, suena muy fuerte.

Aprovecha

este

momento,

porque

después negaré habértelo ofrecido y será

tu palabra contra la mía.

—Tengo una idea mejor.

—¿Mejor que mi chica?

—Dos chicas en lugar de una.

—¿Tienes moto? ¿Desde cuándo?

—Me refiero a Grisel y Marga.

—Imposible, no cabemos todos en la

moto.

—¡No

seas

capullo!

—suelta

riéndose y dándome un golpe en el

brazo. Me encanta verlo sonreír.

—Tío, en serio. ¿Es necesario?

Debe seguir corriendo espantada por lo

que le hice. Igual hasta ha llegado a

Canarias.

—Este tipo de salidas son las que me recuerdan por qué te puse el mote de Iron Man. Eres tan frío y duro como el hierro. Hazlo al menos por mí.

—¡Está bien, está bien! Pero que conste que lo hago sólo por ti, mamonazo. Aunque yo de ti me aseguraría antes de que Doña Flor quiere verme.

—Eso déjalo en mis manos.

—Te gusta esa tía, ¿verdad?

—Tío —dice cogiéndome el hombro —, es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. El destino me la ha puesto en mi camino por algún motivo y no pienso desaprovechar la oportunidad.

¡Y tú deberías hacer lo mismo y sentar cabeza! Marga es una tía de puta madre.

—¡Quita, quita! A mí no me metas en tu mismo saco.

—Venga ya, que, para no gustarte, menudo beso le arreaste.

—Sería por culpa del alcohol.

—Eso no te lo crees ni tú. Chema,

bromas aparte: te conozco desde hace años y sé que entre la rubia y tú hay algo.

—Sí, un abismo. Pero ¿tú has visto lo cursi que es? ¡Dice *chupiguay!*, ¿te lo puedes creer?

—Ja, ja, ja. Ahí te tengo que dar la razón, pero es una buena chica y creo que es lo que más te conviene.

—¡Anda, llama y deja de venderme la moto, que con la mía tengo bastante!

—me mofo yendo al cuarto de baño para arreglarme un poco el pelo antes de salir. Vale que la chica no sea mi tipo, pero uno debe guardar la fama por lo que pueda venir.

CAPÍTULO 11

Marga (todavía alias Doña

Flor y, en secreto,

MISteriosa)

Me paso todo el día triste; ya sé que no debería sentir pena por él, por el Roba Primeros Besos, pero lo he notado tan mal con todo el tema del engaño a su amigo... Grisel anda por la cocina,

puedo oírlo con el traqueteo de ollas y me pregunto si estará cocinando algo para el Capi. El Capi... vaya marrón. Quiero contárselo a Grisel, pero me parece que no me corresponde hacerlo a mí; debería ser él mismo quien la informara. Y Chema... no puedo evitar pensar que se ha comportado como todo un caballero; un caballero cazurro y borde, pero un caballero.

El teléfono suena a la vez que entro en la cocina y mi amiga me hace un gesto con el dedo para que no hable y se le ilumina la mirada; no hace falta que me diga quién es, se lo noto enseguida; coquetea con el mango de una sartén... y luego la soñadora soy yo.

Desgraciadamente, sé qué le estará contando y voy al baño a por una caja de pañuelos de papel, porque no tengo claro cómo se lo va a tomar.

—¿Dónde estás, Marga? —la oigo llamarme.

—Aquí —digo rápidamente—, estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Nada, vamos a salir.

—¿Otra vez?

—Sí, Fernando me ha pedido que nos reunamos; tiene algo importante que explicarme.

«Claro que tiene algo importante que decirte: que su mujer le ponía unos cuernos más grandes que los del toro de Osborne y que quiere que lo consueles.»

—¿Y qué pinto yo entonces?

—Acompáñame, por favor; tengo miedo, no sé qué me va a contar. Estaba serio, como si fuera a dejarme.

—¡No digas tonterías! Nadie está tan loco como para dejarte.

—Bueno, hubo uno...

—No, no empieces por ahí. Está bien, te acompañaré de nuevo. Voy a coger el traje candelabro.

—No, ése no. Te vas a poner los vaqueros esos que utilizas cuando te dedicas a limpiar...

—Pero ¿cómo me voy a poner eso?

—Estarás preciosa y cómoda. Te prestaré ese top rojo que tanto te gusta y

que nunca te pones.

—Está

bien

—claudico

—,

cualquier cosa por ti.

Me encierro en el baño, me doy una

ducha y me pongo los vaqueros que me

ha dicho. Son unos tejanos gastados, con

rotos

en

las

rodillas

y

uno

particularmente desagradable debajo del

cachete. Cojo el top rojo y me lo coloco.

Me queda demasiado ajustado y no me

tapa bastante; cada vez que me muevo,

se levanta, dejando parte de mi

estómago al aire. Suspiro, todo por

Grisel. No sé lo que va a suceder esta

tarde, puede ser bueno o malo. Tengo

claro que le va a contar lo de su mujer,

pero... ¿la dejará por lo mismo? ¿O no?

No me queda otra que esperar para saberlo.

Una vez listas, nos dirigimos al pub, que ya parece nuestra segunda casa, y al entrar los veo. Sí, a los dos, ¿cómo iba a faltar él? Sin embargo, no me angustia descubrir que también está aquí, ni siquiera puedo odiarlo; lo veo triste y eso pellizca mi corazón, que comienza a latir cuando sus ojos se clavan en mí.

—Hola, Capitán. —A él, de momento, voy a ignorarlo.

—Hola, Grisel. Hola, Marga. —No puedo evitar alejarme. Sigo molesta—.

Tranquila, que no muerdo, ¿o sí? —dice al notar que me separo.

—No muerdes, haces otras cosas... peores.

—¿Lo dices por el beso? Confiesa que te gustó o te hubieses ido antes.

—¡Oh, sí! ¡Me encantó! Puede que fuese espectacular, pero eso no significa que tuvieses derecho a... —Casi le digo que fue mi primer beso y no quiero hacerlo, pues va a pensar que soy más

tonta de lo que ya cree que soy—. Mejor
mantente lejos de mí.

—Por lo menos, reconoces que lo
fue.

—Tampoco tengo con qué comparar;
tal vez busque a otro espécimen para
hacer la prueba. —¡Joder! He metido la
pata de nuevo.

—¿Quién?

¿Ese
principito
de

Felipe? Tengo que decirte que no va a
estar a la altura. —Las lágrimas, de
nuevo, están ahí, amenazan con revelar
otra vez mi gran debilidad. Me quedo en
silencio, con la vista fija en un punto sin
forma que me obligue a no llorar—.

Siento haberte robado tu... primer beso

—¿Perdón? ¿Te has disculpado? —

Tengo que preguntarlo porque no me lo
creo—. Además, ¿cómo sabes que...?

Grisel, claro. —Lo doy por hecho.

—Me lo explicó, cuando huiste.

—Supongo que da igual que lo

sepas. De todas formas, no queda ya nada que puedas decirme para herirme, me da la sensación de que agotaste el repertorio.

—Los dos estamos aquí por ellos, así que voy a tratar de no besarte.

—Y, si es posible, tampoco me hables.

—Por mucho que te fastidie, ven conmigo. A nuestros amigos les hace falta conversar a solas.

—¿A dónde vamos? —mascullo.

—A un lugar más íntimo —susurra mientras me guía, con la mano apoyada en mi cintura, hasta una mesa.

—¿De qué hablarán? —murmuro tratando de suavizar las cosas una vez sentada.

—La vida del Capitán hoy ha cambiado de forma inesperada.

—Parece que vaya a terminar con Grisel.

—Nada más lejos de la realidad. Ha puesto fin a su matrimonio y la primera persona a la que quería ver era a ella.

No sé qué le ha dado tu amiga, pero

realmente le hace bien.

—Grisel es fantástica y preciosa...

una chica real, como tú las llamas; no

me extraña que Fernando se haya colado

por ella.

—Deberías aprender de ella, ¿no te

parece? Y no lo digo para ofenderte, lo

que quiero decir es que... si vives en tu

mundo de cuento, te pierdes lo bueno del

real.

—He visto demasiados corazones

rotos en el mundo real, no me interesa.

Quiero algo diferente. Sé que no eres

capaz de comprenderlo, pero yo no soy

como las demás.

—Eso me ha quedado claro —

murmura.

—La primera vez que le rompieron

el corazón a Grisel —empiezo a

contarle— estuvo llorando durante días.

La consolé día y noche, y lo único que

hacía era repetir una y otra vez todo lo

que había entregado por primera vez y

cuánto se arrepentía. Por eso juré que no

me pasaría lo mismo a mí, que cada momento tenía que ser único, especial, tanto que, si luego la cosa iba mal, no tuviese que arrepentirme de haberlo hecho.

—Pero que duela es señal de que ha sido algo real.

—Sólo decidí no ser una chica a la que tirarse, sino una chica de la que enamorarse. Puede que no encuentre a mi príncipe, pero soy feliz soñando que tal vez llegue algún día.

—Puedo entender algunas cosas, pero, de ahí a soñar con un príncipe, va un abismo... deberías bajar de la nube.

—Tampoco pido tanto: unas flores, un paseo por el parque mientras me susurra palabras bonitas...

—Marga, ¿de qué sirve eso si luego no te respeta y te pone los cuernos? —
Da vueltas a su copa y su mirada se pierde por un instante.

—¿Cómo se ha enterado Fernando de lo de su mujer? ¿Se lo ha contado?

—No, he sido yo. ¿Recuerdas a

Flash, de la noche que nos conocimos?

Estaba con él. Salían de un hotel. Y no dudé en partirle la cara. Hoy he ido a contárselo y la muy zorra se ha largado sin molestarse en desmentirlo.

—¿Le pegaste? —Finjo que me sorprende—. ¿Te pegó?

—¿Estás de coña? Anoche perdió su mote, además de un amigo, un jefe y un curro.

—Sabes... me parece que hiciste lo correcto, espero que le hicieras mucho daño.

—¿Lo dices en serio? ¿En los cuentos se dan puñetazos?

—Bueno... algunos caballeros, sí. —
Sonrío.

—A ver si al final te saco de tus cuentos, pisas el mundo real y descubres que, encima, te gusta. —Sonríe a su vez.

—Sí, quizá me estás envenenando un poco.

—Créeme, puede que duela, pero merecerá la pena. —Me guiña un ojo.

—Siempre lo has tenido fácil, ¿no?

El chico popular que cuando quiere

consigue a la más guapa.

—No siempre, pero no suelo

encapricharme; si no sale con una, pues

a por la siguiente.

—Todo un romántico.

—Del romance no se come. Prefiero

ser un tío práctico, da mejor resultado.

—¿Sabes? Lo intento, de verdad, de

verdad que lo intento con todas mis

fuerzas —confieso molesta—, pero es

que no puedo. Cada vez que creo que

veo tu buen fondo, haces o dices algo

para cubrirte de gloria y dejarme claro

lo equivocada que estoy y, si te soy

sincera, esta noche no estoy para

aguantar tus tonterías. Eres libre para ir

a tirarte a la que más te apetezca, seguro

que no hay ninguna que te diga que no.

Se acabó hacer de niñera. Me voy,

necesito aire fresco —lo increpo

mientras me incorporo para largarme de

su lado.

—Espera, dime una cosa. —Me

coge del brazo—. ¿Qué tendría que

hacer el hombre perfecto? ¿Comprarte

flores y no intentar llevarte a la cama?

—No lo entiendes, ¿verdad? Claro

que quiero que me lleve a la cama y me

hagan gritar desesperada por sentirlo

dentro, pero también quiero flores,

paseos bajo la luna llena y, sobre todo,

saber que va a estar ahí.

—Acuéstate conmigo.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente; sé que

te gustó el beso —dice mientras me

acorrala. No sé cómo, estamos en la

calle y mi espalda se apoya en la fría

pared de ladrillo del pub—. ¿O me vas

a negar que entre tú y yo no hay algo?

Atrévete, acuéstate conmigo.

—Puede que me gustara el beso,

pero... ni siquiera nos soportamos —

susurro junto a su boca—. Te has

quedado mi primer beso, ¿y quieres

quedarte también con mi primera vez?

¿Qué has hecho para mereértelo?

¿Besar bien gracias a tus años de

experiencia?

—Te robé el primer beso porque no pensé que eso fuese posible en estos tiempos, pero tu primera vez quiero que me la entregues entre jadeos, gemidos y deseo. Solos tú y yo, sin carrozas, sin príncipes. Sólo piel contra piel.

—Yo... —No sé qué decir. Me alejo de su influjo; no sé qué demonios tiene que no me puedo concentrar, ni pensar... Su boca se apodera de la mía y me saborea de esa manera que logra que me olvide hasta de mi nombre, que mi mente se adormezca y no me acuerde ni de respirar. Sólo su sabor mezclándose con el mío y sé que voy a rogar que me desvirgue, pero... ¡no puedo! He esperado mucho para que acabe todo en un polvo rápido en un callejón. Saco fuerzas de donde no hay y me alejo a toda prisa de este hombre que es tan peligroso y real.

CAPÍTULO 12

**Chema (alias Iron Man,
porque lo digo yo)**

Es la segunda vez que me lanzo sobre

ella y la segunda que me rechaza. Sé que en el fondo Marga quiere lo mismo que yo, pero se niega a ver la realidad. Y lo que más me jode de todo es que me afecta y aún no tengo claro por qué. No tenemos nada en común, vivimos en mundos totalmente distintos, pero... tengo que reconocer que Doña Flor me gusta y me pone. ¡Joder!

Me niego a ir tras ella y a recibir otro rapapolvo de Grisel, así que opto por enviarle un mensaje a Fernando para decirle que me largo. Doy un par de vueltas con la moto hasta que, finalmente, me voy a casa.

Necesito hablar con alguien. Marga está ocupando demasiado mis

pensamientos y eso me molesta. En la aplicación, busco a MISteriosa.

Iron Man: Hola. ¿Estás ahí?

MISteriosa: Hola. Dime.

Iron Man: ¿Puedo preguntarte algo?

MISteriosa: Claro.

Iron Man: ¿Por qué las mujeres sois tan complicadas? ¿Por qué decís no cuando queréis decir sí?

MISteriosa: ¿Qué te ha pasado?

Iron Man: Nada especial. Es sólo que me cuesta entenderos.

MISteriosa: Quizá porque no te has esforzado.

Iron Man: ¿Para qué? Es misión imposible.

MISteriosa: Yo no pienso como tú.

Iron Man: Si fueras tío, lo harías, créeme.

MISteriosa: Lo mismo digo si fueras mujer.

¿Quién es ella?

Iron Man: Nadie importante.

MISteriosa: Eso no te lo crees ni tú. Si no fuera importante, no me hablarías de ella, ¿no crees?

Iron Man: Tienes razón. ¿Ves? Por eso me gusta hablar contigo; contigo es todo distinto.

MISteriosa: ¿Eres igual de sincero con ella?

Iron Man: No lo sé. Tal vez no.

MISteriosa: ¿Y a qué esperas?

Iron Man: Es que vive en un mundo paralelo.

Tú y yo, por ejemplo, vivimos en el mundo real.

Ella cree en cuentos de hadas y príncipes

perfectos.

MISteriosa: A las mujeres nos gusta la galantería y la caballerosidad. ¿Has sido galante y caballeroso con ella?

Iron Man: Lo cierto es que no.

MISteriosa: ¿Entonces?

Iron Man: Es que consigue sacar mi parte más primitiva. Me pone de los nervios, eso es todo.

MISteriosa: ¿No será que te gusta?

Iron Man: ¡Joder!

MISteriosa: ¿Eso es un sí?

Iron Man: Es totalmente opuesta a mí, no creo que... ¡Joder! No lo sé.

MISteriosa: ¿Y por qué no haces algo por averiguarlo? Habla con ella, sé sincero. Tampoco es tan difícil.

Iron Man: Lo he intentado, pero es como hablar con Blancanieves. Se niega a salir del cuento, a ver la realidad.

MISteriosa: Iron, ser amable y cortejar no es de cuento, es parte de la vida real... pero quizá no es la vida a la que tú estés acostumbrado.

Iron Man: Vuelves a tener razón. Contigo es tan diferente...

MISteriosa: Porque conmigo eres sincero.

De nuevo ambos nos quedamos en

silencio. MISteriosa es mi Pepito

Grillo; una chica a la que no conozco,

pero que en poco tiempo se ha

convertido en alguien importante para

mí.

MISteriosa: Dime la verdad, ¿qué te gusta de

ella?

Iron Man: Lo mismo que me desquicia: su

inocencia, su ingenuidad y su carácter. ¿Estaré

loco?

MISteriosa: Sí, pero por ella.

Iron Man: ¡No digas tonterías! Prefiero mil

veces hablar contigo. Dime que algún día nos

conoceremos.

MISteriosa: Tal vez.

Iron Man: MISS, sé que ni siquiera sabemos

nuestros nombres y, en mi caso, ni siquiera he

visto tu cara, pero necesito verte, conocerte en

persona. ¿Qué me dices?

MISteriosa: Todo se andará. Aunque no soy

yo quien ocupa tus pensamientos. Soy mujer de un

solo hombre, espero que lo entiendas.

Iron Man: Aunque me fastidie, sí, lo hago.

Bueno, hablamos mañana. Gracias de nuevo por

escucharme. Que descanses.

MISteriosa: Hasta mañana, Iron.

Qué fácil resulta hablar con ella y

qué complicado es hacerlo con Marga.

¿Por qué está prohibida la bigamia en

España, coño?

Sin darme apenas cuenta, pasan los

días y con ellos las semanas. Fernando

sigue viendo a Grisel. Lo que parecía

ser un simple rollo se está convirtiendo

en algo más serio, aunque era de esperar

en mi fiel amigo, un romántico

empedernido y defensor a ultranza de la

monogamia y los finales felices.

Por las noches, al llegar a casa,

converso

con

MISteriosa.

Entre

nosotros se está forjando una amistad

increíble; hablar con ella es la mejor

parte del día. Aunque, por más que lo

intento y aunque hace semanas que no

veo a Marga, ésta es la que sigue

ocupando mis pensamientos, algo que

me cabrea y me pone de mala leche. En todo este tiempo, me he acostado con viejas y nuevas amigas para intentar olvidarla, pero sigo sin conseguirlo. Y, por si fuera poco, Fernando me habla todos los días de ella, hecho que no me ayuda demasiado que digamos. El muy cabrón está empeñado en que nos veamos para que salgamos los cuatro en plan parejita, pero me niego a verla y, hasta donde yo sé, ella también. ¡No pienso convertirme en un príncipe, joder!

CAPÍTULO 13

**MARGA (alias MISSteriosa,
antes Doña Flor)**

Los días pasan. Desde aquella noche no he vuelto a verlo; sin embargo, MISSteriosa está cada vez más colada por él. Entre nosotros ha surgido algo parecido a una gran amistad;

prácticamente hablamos cada noche y es cuando de verdad disfruto del verdadero Chema. Es sincero, a pesar de su particular forma de ver la vida, pero en el fondo me agrada saber que es tierno, y que defiende a sus amigos y se preocupa por ellos de corazón. Con cada cosa nueva que descubro de él, me gusta más.

El beso que me dio la última noche, ese que casi hace que me pierda en las brumas de la pasión que provoca en mi cuerpo, no deja de atormentarme y perseguirme cada noche en sueños, haciendo que me despierte agitada y húmeda como nunca antes.

A veces, me tienta la necesidad de decirle quién soy en realidad, pero luego pienso que es mejor dejar las cosas así; no quiero hacerle daño ni enfadarlo y sé, con toda certeza, que, en el momento en que descubra quién es MISteriosa, se va a molestar, y mucho.

Puedo imaginar su rostro contrito, su mirada decepcionada, sus manos hechas

puños conteniendo la rabia por sentirse
engañado... y entonces no puedo hacerlo
y borro la respuesta a esa pregunta que
formula con tanta insistencia.

Felipe... Felipe resultó ser un fiasco;
es un hombre déspota y sin corazón, que
se
aprovecha
de
su
situación

privilegiada, dentro y fuera del trabajo;
habla con desprecio a todos aquellos
que considera de menor categoría a la
suya y no piensa en nadie, salvo en sí
mismo. Al final me aburrí y, bueno, no
se lo tomé a mal. Tampoco es como si
estuviese enamorado de mí ni nada por
el estilo.

Al menos en el trabajo me va bien;
he mejorado mi técnica y ya hago una
media de tres clientes al día; no es gran
cosa, pero me ayuda a conservar el
trabajo y a cobrar algo decente a final
de mes.

Grisel... ella sigue adelante con su relación con Fernando; es la primera vez que la veo tan feliz y eso me alegra.

Parece que esta vez sí ha dado con su prín... con su hombre ideal.

Chema no deja de insistir en que nos conozcamos y yo no estoy segura; tengo miedo de perder lo que tengo con él, aunque, para ser sincera, quiero más.

—Grisel —le dije una tarde.

—¿Qué pasa?

—Quiere conocerme; bueno, quiere conocer a MISteriosa.

—Es normal, lleváis hablando todos los días... ¿cuánto tiempo ya? Mucho, es como si fuera tu novio, pero sin lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Sí, los besos, los abrazos, el sexo...

—No sé qué voy a hacer; me da miedo que, al descubrirlo, se enfade.

—Eso es seguro, pero ¿qué podrá más, el enfado o lo que siente por ti?

—No siente nada.

—Sí, por MISSteriosa y por Marga.

Fernando no deja de parlotear sobre lo pesado que está todo el día hablando de lo mismo. Piénsalo; arriésgate a ganar, sé valiente.

—Gracias.

Tras

esa

conversación,

estuve

pensando y pensando y los días pasaron

uno tras otro encerrándome en mi rutina.

Trabajo, Chema, cama. Ésa era mi vida;

ni siquiera iba al maldito pub, porque

me recordaba a él.

Tras mucho meditar en si aceptar o

no, y después de darle mil vueltas

consultándolo con la almohada, al final

decidí que debía quedar con él. Se lo

merecía y yo me tendría bien merecido

todo lo que sucediera, porque en esta

ocasión la que había hecho mal las

cosas era yo. Supe desde el primer

momento quién era él y él no supo de mí.

Jugué con ventaja para herirlo y, al final,

la herida voy a resultar yo... me he
enamorado del sapo del cuento.

A veces es verdad que, tras besar a
la rana, ésta se transforma en un
príncipe,

no

porque

cambie

su

apariencia, sino porque los ojos de la

persona varían su enfoque y la

contemplan desde otro ángulo más...

favorecedor.

Decidida y dispuesta, hoy le he

contestado que sí a la insistente

pregunta, así que hemos quedado en el

maldito pub esta noche y la ansiedad no

deja de consumirme. En cuanto he

escrito que ya es el momento, él se ha

percatado y no ha perdido el tiempo,

pues no ha querido darme la oportunidad

de pensármelo mejor y que pudiera

arrepentirme.

Temblando, me levanto de la silla y

me voy hasta el salón, donde Grisel está

cogiendo las llaves y el móvil de la mesa para meterlos en el bolso; va a salir, otra vez, con Fernando.

—Le he dicho que sí —murmuro tan bajo que apenas yo me he oído.

—¿Qué?

—Que le he dicho que sí...

—Ya lo había oído, pero es que...

¡no me lo esperaba! Genial, mi princesa guerrera.

Has

dejado

de

ser

Blancanieves y te has convertido en

Mérida. —Sonríe burlona.

—Tengo miedo —balbuceo con las manos en el estómago.

—¿Cuándo es la cita?

—Ya, en una hora. En el pub.

—¡Joder! No me va a dar tiempo de ayudarte. Espera —me indica con su dedo índice a la vez que manda un mensaje—. Ya está; vamos, te voy a echar un cable.

Así, a toda velocidad, Grisel me ayuda con la ropa, el peinado y el maquillaje. Al verme en el espejo, he de reconocer que ha hecho un buen trabajo; me gusta lo que veo, pero... ¿le gustará a él?

—Estás preciosa.

—Sólo espero que Chema también lo piense.

—Le van a temblar las piernas y le va a apretar el pantalón en cuanto te vea.

—Ojalá —contesto saliendo por la puerta y rezando todo lo que se me ocurre.

CAPÍTULO 14

Marga y Chema (con alias, sin ellos y cara a cara)

A la hora acordada, Chema aguarda nervioso sentado en un taburete junto a la barra del pub. Por fin ha llegado el gran día en que va a conocer a MISteriosa, a quien considera una buena amiga y confidente. No sabe con qué se va a encontrar, todo lo que envuelve a esa chica es un MISterio,

algo que le gusta y le atrae. Pero, pese al gran interés que le despierta, sabe que entre ellos tan sólo existe una amistad, pues, en el fondo, no ha logrado poder olvidar a Marga, esa chica de Canarias que tanto le pone y le cabrea, a partes iguales.

De repente se remueve en su asiento al ver entrar a Marga; ella no es a quien esperaba encontrarse. Se sorprende gratamente al observarla. Está más guapa que nunca; sin embargo, sus pensamientos tienen vida propia.

«¿Qué cojones hace aquí?»

Marga lo divisa desde la puerta; sin duda espera a su cita, que, sin saberlo, ya ha llegado. Sus miradas se cruzan y, por un instante, cree reconocer en sus ojos alegría e incluso deseo.

Camina despacio hacia la barra, donde él permanece sentado, agarrando el bolso como si le fuera la vida en ello; probablemente eso es lo que le sucede, pues sabe que se lo juega todo a una sola carta.

Marga se arma de valor, cada paso

es como un abismo. Lo saluda

educadamente y, con una preciosa

sonrisa, se sienta en el taburete que

Chema tiene reservado para su cita.

—Te ves diferente, Marga —se

atreve a decir, pues poco queda de

aquella chica tímida que conoció gracias

a un ensayado número—. Hace tiempo

que no nos vemos.

—Sí, mucho. ¿Qué tal todo? —

pregunta a pesar de conocer la

respuesta.

—Bien, esperando a alguien —

suelta sin tapujos, con la esperanza de

que ella se dé por aludida y se levante

del asiento que ha ocupado sin

invitación.

—Yo también.

Ella sonrío tratando de guardar una

compostura que no hace acto de

presencia.

—Un ron con cola —pide Marga al

ver pasar al camarero—. ¿Con quién has

quedado?

—Con una buena amiga; es una larga historia. ¿Y tú?

—Con un buen amigo —a Chema le pica la curiosidad y baraja en su mente varias opciones, aunque el nombre que resuena con más fuerza es el del principito Felipito—, aunque... no sé si seguirá siéndolo después de esta noche.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no creo que sea buena para él.

Al escuchar esa frase, Chema siente

un

escalofrío;

le

recuerda

una

conversación que mantuvo con la chica a

quien espera, aunque se niega a sí

mismo la relación entre ambas y lo

achaca a una mera casualidad.

—¿Por qué crees eso?

—Lo siento, se te han agotado las

preguntas... —Marga reza para que

comprenda su confesión y no se lo tome

demasiado mal. Sus piernas tiemblan tanto que da otro largo sorbo al ron para tratar de calmarse.

—¿Con quién has quedado, Marga?

¡Dime la verdad! —exige nervioso.

—Con... mi chico de hierro —dice

bajito y expectante por su reacción.

—¿MISteriosa?

¿Tú

eres

MISteriosa? ¡Joder, debí suponerlo!

—Yo... siento no habértelo dicho

antes, pero...

—¿Que lo sientes?!

—No te imaginas cuánto —confiesa.

—¿Todo esto porque te robé tu

primer

beso?

Jamás

me

hubiese

esperado algo así de ti. A MISteriosa

le he contado secretos íntimos y... ¡¿te

has divertido riéndote a mi costa?!

—Al principio fue para devolverte

un poco del dolor que me causaste a mí,

pero luego... todo cambió.

—¿Por qué, MISS? Digo, Marga, ¡ya

no sé cómo cojones llamarte!

—Da igual el nombre, siempre he

sido yo.

—¡No! No me cuadra. MISS es todo

lo opuesto a ti: con ella puedo hablar,

pero contigo...

—Marga es MISS cuando Iron Man

desaparece y deja paso a Chema.

—Pero MISS está en el mundo real,

a pesar de haberla conocido en una

aplicación; es mil veces más realista

que tú.

—¡Está bien! He venido hasta aquí

porque ya no quería seguir con el juego,

deseaba que supieras que MISS era yo.

Ya lo sabes y, como supuse, estás

cabreado. Está claro que tú y yo sólo

funcionamos si hay una pantalla de por

medio.

—Dime algo: ¿MISS es sólo Marga

o la suma de Marga y Grisel?

—Sólo yo, Chema. Grisel me ayudó

exclusivamente a crear el perfil.

—¿Y por qué Marga es tan distinta a MISS? ¿De qué te escondes?

—¡De ti! De tus arrebatos, de tus miradas crueles, de tus palabras ofensivas hacia mí. Sin embargo, tras la pantalla eres otro; puedo relajarme, decirte lo que de verdad pienso, sin temor a que te burles de mí.

—Nunca me he burlado de ti, no lo entiendes... ¡Todavía no lo entiendes!

—¿Qué tendría que comprender?

Tus palabras fueron claras...

—¡Porque sólo mostrabas esa parte tuya tan infantil!

—Puede que esa parte no sea ideal, pero forma parte de mí y no pienso renunciar a ella.

—Eso es lo que más me fastidia de todo. Puedo entender que quisieras vengarte al principio, pero... en todo este tiempo has sido muy importante para mí y nunca he visto en ella esa parte infantil que tú te empeñas en mostrar. ¿Quién de las dos eres en

realidad, Marga o MISS? ¿A cuál

debería creer? ¿Sabes? ¡Estoy harto!

Puedes sentirte orgullosa: has saldado,
con creces, el robo del maldito beso que
te di —espeta a la vez que se levanta y
se larga del pub.

Por un momento, Marga se queda en
el asiento, anclada. Su alma pesa por las
palabras que Chema le ha dedicado,
pero sabe que, aunque duelan, tiene
razón. El pecho le palpita con fuerza.

¿Va a rendirse sin luchar? No, no puede;
no esta vez. ¡Ya es hora de que deje de
ser una niña y tome las riendas de su
vida, por lo que decide levantarse y
salir tras él!

Lo encuentra apoyado en la pared de
ladrillo, con las manos en la cabeza
mirando hacia el cielo oscuro e infinito.

No puede estar más atractivo, aunque
parece roto y eso le encoge el corazón.

—¿Sabes? Era muy difícil para mí
estar frente a ti, con ese dilema en mis
entrañas
tirando

en

direcciones

opuestas... no me dejaba respirar ni pensar. No era capaz de ser yo misma, sintiéndome juzgada por ti a cada segundo.

—¿Nunca te has preguntado por qué? — formula colocándose frente a ella.

—No; todo lo relativo a ti me asusta y a la vez me atrapa.

—¡Joder! ¡Te has reído de mí!

—No es del todo cierto... —se atreve a rebatir—. Al principio lo hice pensando en vengarme, pero después... después todo cambió. Conocí al verdadero Chema, ese que defiende a sus amigos ante todo; al Chema divertido, relajado, al que saber reír, ese al que hirieron y ese que se protege del dolor...

—Siempre he sido yo, nunca te he mentado; en cambio, tú... ¿Cómo podría confiar en ti de nuevo?

—De la misma forma en que confías

en MISS.

—Pero MISS estaba en el mundo real. ¿En qué mundo estás tú, Marga?

—¡Estoy en el que quiero estar, en ese en el que me asusta que me beses y en el que siento ganas de morir si no lo haces!

Chema la mira desolado, le acaba de abrir su corazón. Tiene los ojos anegados en lágrimas que no tardarán en derramarse, pero no está dispuesto a ceder, pese a que se muere de ganas de besarla. Ha perdido el mayor tesoro que había entre ellos, la confianza. Su mente se enfrenta a su corazón y ninguno está dispuesto a perder la batalla. Impulsado por lo que sus sentimientos le dictan, se acerca a ella, atrapa su rostro entre las manos y se inclina para besarla. Pero, cuando está a punto de hacerlo, decide dar media vuelta y marcharse. Se siente herido y traicionado, aunque sabe que lo que ella le ha contado es verdad. La desconfianza hacia el amor y el daño que éste le ocasionó en su día logran

aflorar un dolor tan grande como

indescriptible.

—Chema —murmura mientras lo ve

alejarse con el corazón destrozado.

Ha estado a punto de lograrlo. Ese

beso, que hubiese significado que todo

estaba bien y perdonado, no ha

sucedido. Se ha marchado, dejándola

con la soledad como única compañera.

En esta ocasión, le ha robado algo más

que un beso, su corazón. Las lágrimas

inundan su rostro, y no lo abandonan

hasta bien entrada la madrugada,

cuando, exhausta, se sumerge en un

sueño inquieto que no deja de recordarle

que ha perdido al hombre que llevaba

toda la vida esperando.

CAPÍTULO 15

Marga y Chema (sin alias,

¿o sí?)

Los días pasan lentos, tediosos y tristes,

igual que el ánimo de Marga. No sabe

nada de Chema desde aquella maldita

noche en la que, casi, pudo saborear su

beso. Cada día le cuesta más sonreír y

no puede evitar tenerlo presente; cada cosa que ve o hace, le recuerda a él. No deja de pensar en cómo podría haber hecho las cosas de manera diferente, en qué pudo haber dicho para convencerlo... aunque supone que nada.

Se tiene bien merecido ese dolor que siente por su ausencia. Quería vengarse y al final la que perdió fue ella.

Grisel y Fernando continúan en su burbuja de enamorados; se los ve genial y se alegra por ellos. Su amiga no para de insistirle en lo mismo, en que tiene que hablar de nuevo con Chema, tratar de arreglar las cosas, pero Marga aún no está preparada para volver a sentir que el abismo entre ellos es insondable; todavía no ha recuperado las fuerzas que perdió aquella odiada noche en la que la dejó sola y sin corazón.

Chema se largó aquella noche

frustrado y con una sola certeza en su cabeza: estaba loco por Marga. Pero había sido herido y no podía permitirse volver a sufrir por el maldito amor. Se subió a su moto y se marchó a las afueras de la ciudad, para poder conducirla a gran velocidad como tanto le gustaba y como hacía tanto que no experimentaba. Necesitaba sentir el rugir del motor y descargar la rabia en forma de adrenalina. Durante días repitió su particular escape, aunque no lograba alcanzar su objetivo: olvidarse de Marga o apostar por ella.

Fernando insiste casi a diario para que dé el paso y se atreva a dejarse llevar, de una vez, por lo que le dicta su corazón. Está preocupado por su amigo, al que nota descolocado y distante.

Chema ya no es el mismo. Para él han acabado sus ganas de salir en busca de una mujer, de hacer nuevas conquistas e incluso de ir de copas. Siente rabia e impotencia por no poder controlar la situación, por no poder continuar con su

habitual día a día y, sobre todo, por no poder olvidarla. Pero... ¿qué puede hacer? No es como los príncipes de cuento. Ella no es mala para él, sino al contrario. Por más que se empeñe en intentarlo, jamás se convertirá en ese príncipe perfecto; no es romántico y apenas es detallista. ¿Cómo podría hacerla feliz?

—¿Acaso eres feliz sin ella? —le preguntó Fernando una tarde al salir del trabajo—. Déjate de chorradas, Chema, y por primera vez en tu vida haz lo que tienes que hacer. Se lo debes a ella y te lo debes a ti mismo. Hazme caso, tío, y no la pierdas... o te arrepentirás durante mucho tiempo.

Aquellas

palabras

le

hicieron

reflexionar más de lo que ya lo había

hecho y se convirtieron en el último

empujón que necesitaba. Un día, en

mitad de una gran mudanza de una nave

en un polígono industrial, Chema averiguó lo que precisaba con la ayuda de su fiel amigo: saber dónde trabajaba Marga y a qué hora salía. Había tomado una decisión e iba a ir a por todas.

El día se presenta tan gris como el resto, así que Marga decide ponerse una camisa de tono rojo para dar algo de color a su vida. Se mira en el espejo y piensa que no hay maquillaje en el mundo para tapar esas odiosas ojeras.

Ha tratado de olvidar a Chema, pero no es capaz de quitárselo de la mente.

Ahora, cada vez que lee un libro, el protagonista es él, siempre él.

Cinco minutos antes de que ella termine su jornada, Chema, con dos cascos en la mano, se presenta en la planta baja del edificio, donde se encuentra con una chica de pelo corto, oscuro, y gafas redondeadas. Tras identificarse y preguntar por ella, la muchacha le permite entrar. Entre varios habitáculos, la divisa inmersa en una llamada y en la pantalla de su

ordenador. Está preciosa, con una
camisa roja que acentúa su dorado color
de pelo. Dispuesto a conseguir su
objetivo, se acerca hasta ella, le quita
los auriculares y la coge de la mano,
mirando sus ojos abiertos por la
sorpresa.

—¿Che... Che-ma? —tartamudea al
verlo.

—Puede que no sea el príncipe que
sueñas, pero tú si eres mi princesa.

Marga, atónita por esa confesión, no
puede decir nada debido a la emoción
que la embarga, dejándose llevar por él,
que tira de ella con firmeza para sacarla
de la oficina con paso firme y seguro. Su
rudeza y determinación despiertan en
ella a la princesa soñadora que lleva
dentro, convirtiéndola en la mujer más
feliz del universo.

«¿A dónde me lleva?», se pregunta
sintiendo que el corazón le palpita con
la misma fuerza con la que la mano de él
apresa la suya.

Al llegar a la calle, Marga ve la

moto aparcada y Chema le entrega uno

de los cascos que porta.

—¿Es para mí? —pregunta presa de

la emoción, ya que, en su casco de color

negro, destaca en letras plateadas su

alias: MISteriosa; es realmente un

detalle precioso y las lágrimas empañan

sus ojos.

—Sube —dice con su habitual voz

autoritaria.

Marga obedece tras abrocharse el

casco. Él acelera con brusquedad y no

tiene más remedio que rodear su fuerte

abdomen con los brazos. No pregunta

hacia dónde se dirigen, no le importa; lo

único importante es que ha venido a por

ella.

Tras aparcar en la puerta de su

edificio, la ayuda a bajar de la moto y a

desabrocharse el casco. Al sacárselo, su

melenita dorada queda revuelta y no

puede evitar acariciar esos mechones

rebeldes entre sus dedos, dejando que la

suavidad de los mismos lo distraiga, al

igual que su boca.

Sin poder evitarlo, la agarra por la nuca con las dos manos y, esta vez sí, la atrae hacia él para besarla con pasión. ¡La ha extrañado tanto! ¡Y ese maldito sabor suyo! La deja casi con la misma brusquedad con la que la ha tomado y entrelaza su mano a la de ella, que lo sigue, aturdida, sin poder emitir ni una palabra.

Cuando el ascensor se abre, Chema la guía hasta la puerta de su casa y, una vez frente a ella, le susurra:

—Tienes que confiar en mí.

Marga asiente, y él oculta sus ojos bajo la suave tela de un pañuelo oscuro, abre la puerta y desaparece. Un frío repentino la envuelve; la ha dejado sola, pero no le preocupa: va a confiar en él.

En unos segundos regresa a por ella y le quita el pañuelo. Al contemplar lo que ha hecho, un gran nudo se apodera de su pecho, cortando su respiración: el pasillo está iluminado por pequeñas velas que dibujan un camino que sigue despacio, disfrutando de ese momento

que le regala. Para ella significa mucho;

sabe cómo es Chema y aquello es lo más

parecido a una declaración romántica

que va a obtener. Cuando piensa que no

puede ser más perfecto, él pulsa el *play*

del equipo de música y los acordes

suaves y la voz de David Bisbal,

interpretando *Mi princesa* [\[1\]](#) la acompañan en su trayecto hasta la

pequeña terraza, en la que la espera una

mesa preparada para una cena íntima.

—¿Tienes

hambre?

—pregunta,

retirando la silla para que tome asiento.

—No sabes cuánta... —contesta,

dejándolo fuera de juego.

—Lo siento —susurra de repente,

mientras le sirve una copa de vino, una

vez que ambos se sientan a la mesa.

—Yo también, Chema...

—Siento haber sido tan capullo y

haber tardado tanto; sólo espero no

llegar tarde.

—No, no has tardado; has llegado

cinco minutos antes de mi hora de

salida.

—Ja, ja, ja. —Es la primera vez que ríe con sinceridad frente a ella.

—Me gusta cuando ríes.

—Tú me gustas incluso cuando te enfadas... Sacas una parte de mí que me cabrea y me provoca al mismo tiempo

—confiesa agarrando su mano por encima de la mesa—. Pero esta noche no quiero enfadarte, al contrario, quiero que seamos nosotros mismos y que nos divirtamos. Quiero ver a la MISteriosa que hay en ti y conocer a la verdadera Marga, sin volverme loco.

—Eres tú quien me vuelve loca a mí, y de tantas formas diferentes... — reconoce en un susurro.

—Y tú a mí. Hoy te he robado tu tercer beso.

—Sí, me has vuelto a robar un beso, no te acostumbres...

—La culpa es tuya, por saber tan bien... Y me temo que la que tendrá que acostumbrarse serás tú, porque no pienso parar. Me da igual convertirme

en un ladrón, porque lo que no quiero es que nadie más lo haga.

—Quiero que robes todos mis besos, siempre; sólo tú. Estaba tan equivocada, Chema, y lo siento tanto... Siempre te he buscado a ti, el problema es que no lo sabía.

—Marga, ¿estás segura de lo que dices? Una vez afirmaste que no eras buena para mí, pero de lo que no estoy seguro es de si lo soy yo para ti. No soy un príncipe y tal vez ni siquiera un caballero, no tengo carroza ni un reino que ofrecerte. ¿Estás convencida de que quieres estar a mi lado?

—Sí, Chema, lo estoy. Estos días sin ti han sido los peores de mi vida.

—Lo sé; el Capitán se ha encargado de recordármelo.

—Además, he colgado los vestidos de princesa por nosotros; tan sólo quiero ir de tu mano por el mundo real, eso es todo lo que deseo.

Él se levanta y apresa el rostro de Marga para besarla con brusquedad.

Lleva,
sin
saberlo,
tanto
tiempo

deseando escuchar esas palabras... Ella
se incorpora sin apartar los labios.

Anhela tanto como él ese encuentro.

Chema, llevado por el impulso, la
agarra y la sube sobre la mesa, para
continuar besándola con pasión. Los
gemidos de ambos acallan la canción
que sigue sonando, dejando que el
fervor hable por ellos.

Las piernas de Marga se abren para
acoger entre ellas su cuerpo, cuyo sexo,
inflamado y palpitante, golpea sobre la
parte íntima de ella. Sus manos recorren
cada suave curva sin descanso, haciendo
que grite de placer al sentirlas por
primera vez. Los pezones sobresalen
doloridos y hambrientos, añorando ser
acariciados. Él, conocedor de su anhelo,
posa sus manos sobre ellos, rozándolos
y

tocándolos

con

premura,

convirtiéndolo en la caricia más dulce y

ambiciosa.

Marga jadea hasta quedarse sin aire

mientras contempla sus ojos oscuros.

¿Cómo no se ha dado cuenta antes de

que, durante todos estos años, es a él a

quien ha estado esperando?

—Hazme tuya —suplica con la voz

ronca por el deseo.

—Marga, no sé si voy a ser capaz de

controlarme, estoy tan excitado...

—Necesito tenerte dentro de mí,

ahora; necesito sentirte —vuelve a

rogar.

Chema teme perder el control y

hacerle daño en su primera vez, y mucho

más ¡sobre una mesa! Sin mucho

esfuerzo, la coge entre sus brazos y se

encamina hacia su cuarto. Con pasos

torpes y desesperados, llega hasta la

habitación, donde la posa, despacio, en

la cama.

Con la mirada oscurecida por el deseo, comienza a desnudarla hasta quitarle las bragas; están tan húmedas que su boca se hace agua al pensar en lo bien que sabrá ahí abajo.

Llevado por el anhelo que su cuerpo le despierta, comienza a besar sus muslos hasta que su lengua roza el brote inflamado; ella jadea con firmeza.

Repite la operación y siente cómo se retuerce bajo el ardor que provoca. La está desquiciando. Marga agarra las sábanas con fuerza mientras mira hacia el techo. Se siente como una loba a punto de aullar el único nombre que puede alcanzar: el de Chema.

A él nunca antes una mujer lo ha vuelto tan loco de deseo y jamás ha ambicionado tanto hacerla suya. De una forma inconcebible hasta entonces, las palabras «para siempre» rondan por su cabeza, demostrándole que el maldito sentimiento está ahí y crece con fuerza.

Chema vuelve a lamer sus labios, húmedos por los flujos, provocándole un

gemido desesperado. Él la mira.

—Por favor —suplica Marga con las mejillas sonrojadas. Todo es demasiado para ella, pero no quiere que acabe.

—Si te hago daño, me lo dirás y pararé.

—Sí, te lo diré —asiente.

Se baja los pantalones y Marga puede ver su miembro erecto, del que gotea la pasión que le provoca. Con maestría, se coloca un condón, para después situarse sobre la cama y poder contemplarla de cerca. Con curiosidad y delicadeza, acerca tan sólo la punta de su pene para calmarla. Poco a poco la penetra, con cuidado de no lastimarla. Sus brazos vibran por la tensión, al tiempo que sus bocas se funden en una sola.

Ella se mueve inquieta, esperando tenerle dentro y ansiosa por que el tan esperado momento llegue.

—¡Joder! Si te mueves, no voy a poder controlarme.

—Quiero perder el control; contigo,
sólo contigo —murmura moviéndose
otra vez y enviando descargas deliciosas
a la determinación de Chema.

Marga alza aún más las caderas y
suelta un pequeño quejido. Ha sucedido,
está dentro de ella y... ¡se siente tan
malditamente bien! Está tan apretada y
preparada, que cree que va a morir por
el deseo que lo llena.

—Ahora es importante que no te
muevas, que te acostumbres a mí —
jadea.

—Lo siento, no puedo evitarlo —se
excusa y alza de nuevo las caderas.

Chema trata de moverse despacio
hasta que percibe que está lista; nota
cómo su sexo aprieta el suyo, con ansia.

Los movimientos son cada vez más
rápidos y Marga estalla en mil pedazos,
llenando la oscura habitación de gritos y
jadeos de pasión, que le hacen perder el
poco control con el que cuenta. El ritmo
aumenta hasta que ambos se unen y
estallan en un grito ahogado de placer,

dejándolos exhaustos.

Tras el maravilloso encuentro,
Chema se despoja del anticonceptivo, lo
deja sobre la mesilla y se gira hacia ella
para estrecharla entre sus brazos. En su
rostro se dibuja una sonrisa; una sonrisa
que demuestra lo feliz que se siente por
no haber dejado que el temor ganase la
lucha contra lo que su corazón le
dictaba.

Marga, por su parte, se siente la
mujer más dichosa sobre la faz de la
tierra y, al igual que su Iron Man, sonrío
embargada por la felicidad que la
invade, y por recordar las palabras de
su amiga Grisel, que tanto le había
insistido en lo mucho que se perdía al no
haber catado varón.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta
preocupado.

— *Chupiguay* —sonríe—; lo siento,
me lo has puesto a huevo.

—¡La madre que te parió!

—No, en serio, me encuentro genial,
ha sido... como siempre soñé.

—No sabes cuánto me alegra oír
eso. Ven aquí —dice a la vez que tira de
ella y la besa de nuevo—. Marga —le
susurra con una sincera mirada—, no
soy de «te quiero» ni de flores. Lo
único que sé es que deseo estar contigo;
no sé a dónde nos llevará esto, pero lo
que tengo claro es que quiero recorrer el
camino a tu lado.

—Iron Man, te acabas de condenar,
¿lo sabes?

—Lo sé, MISteriosa, lo sé —
remata simulando fastidio, justo antes de
volver a besarla, para dar rienda suelta,
de nuevo, a la pasión reconocida que
ambos sienten el uno por el otro.

Y es que ellos son la fehaciente
prueba de que los polos opuestos se
atraen, y de que muchos de nosotros
soñamos a lo grande, pero pensamos a
«lo chico».

Alissa Brontë nació en Granada hace
treinta
y
siete

años.

Desde

su

adolescencia ha destacado como autora

de literatura romántica, juvenil y

fantástica, y ha sido galardonada durante

tres años consecutivos en diversos

certámenes literarios.

Bajo el seudónimo de María Válnez

ha obtenido un notable éxito con sus

libros

autopublicados, *Devórame* y

Precisamente tú, por lo que está

considerada como una de las promesas

literarias con más futuro. En la

actualidad reside en Sevilla con su

marido y sus tres hijos.

Encontrarás más información sobre

la

autora

y

su

obra

en:

www.alissabronte.webs.com

García de Saura es el nombre artístico de Carmen María García, artista plástica que, tras varios años de intentos, consiguió escribir su primera novela, *La culpa es de D.I.S.N.E.I.* , en la primavera de 2015. Natural de Molina de Segura (Murcia),

cursó

sus

estudios

de

Bachillerato y COU en la rama de letras

puras. Posteriormente se graduó en

Técnico Especialista en Administración.

Tras el nacimiento de su hijo, le surgió

la vocación por la pintura; con el paso

de los años, ha pintado más de

cuatrocientas obras y ha expuesto en más

de dieciocho ocasiones, tanto de forma

colectiva como individual. Algunas de

sus obras se encuentran en ciudades

como Barcelona, Londres o Buenos

Aires. Su interés por avanzar y aprender

la llevó también a asistir a cursos de

informática, bisutería y tatuajes.

Encontrarás más información sobre

la autora y su obra en:

Facebook: GARCÍA DE SAURA

Twitter: @GarciadeSaura

NOTA

[*] *Mi princesa*, (C) 2009 Universal Music Spain, S. L. (Vale Music), España, interpretada por David Bisbal. (N. de la e.)

Soñando a lo grande, pensando a «lo chico»

Alissa Brontë y García de Saura

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91

702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área

Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: © Pim /

Shutterstock

© de las fotografías de las autoras: archivos de
las autoras

© Alissa Brontë, 2016

© García de Saura, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

(España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados
en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza
con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub)

noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16279-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S.

L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu

próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [DEDICATORIA](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [CAPÍTULO 1. Marga](#)
- [CAPÍTULO 2. Chema](#)
- [CAPÍTULO 3. Marga](#)
- [CAPÍTULO 4. Chema \(alias Iron Man\)](#)
- [CAPÍTULO 5. Marga \(alias Doña Flor\)](#)
- [CAPÍTULO 6. Chema \(alias Iron Man\)](#)
- [CAPÍTULO 7. Marga \(en secreto, alias MISSteriosa\)](#)
- [CAPÍTULO 8. Chema \(alias Iron Man y, de momento, también alias Sapo Verrugoso\)](#)
- [CAPÍTULO 9. Marga \(alias MISSteriosa, y de momento también alias Doña Flor\)](#)
- [CAPÍTULO 10. Chema \(alias Iron Man de nuevo\)](#)
- [CAPÍTULO 11. Marga \(todavía alias Doña Flor y, en secreto, MISSteriosa\)](#)
- [CAPÍTULO 12. Chema \(alias Iron Man, porque lo digo yo\)](#)
- [CAPÍTULO 13. MARGA \(alias MISSteriosa, antes Doña Flor\)](#)
- [CAPÍTULO 14. Marga y Chema \(con alias, sin ellos y cara a cara\)](#)
- [CAPÍTULO 15. Marga y Chema \(sin alias, ¿o sí?\)](#)
- [BIOGRAFÍA DE LAS AUTORAS](#)
- [NOTA](#)
- [CRÉDITOS](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)